3 1761 06742863 1

Arniches y Barrara, Carlos
El conde de Lavapies

PQ
6601
R5C6

El Conde de Lavapies o No hay fuerza contra la astucia

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous le pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

EL CONDE DE LAVAPIES

O

NO HAY FUERZA CONTRA LA ASTUCIA

SAINETE LÍRICO

en dos actos, divididos en cuatro cuadros, en prosa

ORIGINAL DE

CARLOS ARNICHES y ALFREDO TRIGUEROS CANDEL

música de los maestros

CALLEJÁ y ESTREMERA

Estrenado en el TEATRO DE APOLO la noche del 22 de junio de 1920

MADRID

R. Velasco, Impresor Marqués de Santa Ana, 11 dup.

TELÉFONO, M 551

1920

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LA FELIPA	Srta. Leonís (Rosario).
SEÑÁ SEBASTIANA	Moreu.
LA SOCORRO	Cerrillo.
UNA BUENA MOZA	Domingo.
INVITADA 1.ª	Domingo.
IDEM 2.ª	Gutierrez.
IDEM 3.ª	Bufalá.
IDEM 4.ª	Suárez.
IDEM 5.ª	Fernández (M.)
SEÑOR MARIANO	Sr. Ortas.
BRINQUITOS	Gallego.
PELEGRÍN	Román.
DON MARCELINO	Rufart.
EL «ATILDAO»	Frontera.
EL «NECESER»	Fischer.
LIBORIO	Segura (J.)
BERNABÉ	Arauzo.
EL «CALAGUA»	García Valero.
EL «CACEROLA»	Segura (J.)
EUDOSIO	García Valero.
AMIGO 1.º	Gutiérrez.
IDEM 2.º	Arauzo.
IDEM 3.º	Salinas.

Invitadas, invitados y coro general

La escena en Madrid.—Época actual.

LIBRARY
DEC 20 1967
UNIVERSITY OF TORONTO
PQ
6601
R5C6

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

El escenario representa una plazuela de los barrios bajos; la adornan acacias floridas, bajo una de las cuales hay una fuentecilla de vecindad. A la derecha un kiosco de periódicos. A la izquierda, en una rinconada que ilumina la luna, hay una tienda; la muestra dice en grandes caractéres: EL REVOLTIJO.—PRENDERÍA. En primer término derecha una taberna con puerta practicable. Dice el rótulo: A LA VILLA DE LUARCA. Las cortinillas de la puerta son rojas. En el centro de la plazoleta, a la izquierda del kiosco, un banco de paseo. Entre ambos un farol encendido. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, mientras un número de orquesta, atraviesan la escena, una Oficiala de planchadora, con un cesto, suponiendo que viene de entregar; después una pareja de Guardias de Seguridad; más tarde salen de la taberna un Maestro de obras y dos Albañiles. En el banco, sentados de espaldas al público, UNA y UNO, muy juntos. Dan los tres cuartos, en un reloj de torre cercana. El señor LIBORIO, sereno de comercio, lee un periódico, a la luz de su farol, recostado en un quicio, a la izquierda. PELEGRIN, oculto trás el kiosco. Con los últimos compases, desaparecen por la izquierda la pareja amartelada

Hablado

VOZ (De mujer dentro, hacia el fondo derecha.) ¡Sereno! Abra el ocho.

LIB (Alto, doblando el periódico.) Va pal ocho. Esto

es que le abra al Bolsista de esa andalucita casáa que le está haciendo de creer al proteztor y demás, que es viuda. (Con socarronería.) ¡Viuda, viuda! ¡Y tenía al marido empleao en Fomento de temporero! Ahora se lo han colao en un Banco, pero de asiento. ¡Hay cáa defunto! (Vase fondo derecha.)

PEL (Saliendo por detrás del kiosco) ¡Ya s'ha ido el gusano de luz! ¡Gracias a Dios! ¡Ay, qué rato he pasao! Entre la impaciencia que tengo y esa parejita que había ahí en ese banco... ¡Cómo s'han puesto, Dios mío! ¡Cómo s'han puesto de improperios! ¡Yo creí que se pegaban! Pero el caso es que luego han hecho las paces... y también parecía que se pegaban. ¿Habrán llegao ya? ¡Hace un rato que han dao las once menos cuarto en San Cayetano! ¿Cómo no habrán venido? (Mirando hacia la derecha.) ¡Calle!... ¡Gracias a Dios! ¡Por allí los veo! (Muy bajito.) ¡Chitss! (Haciendo señas.) Aquí.

ESCENA II

PELEGRIN, BASTIANA con mantón y debajo de él un cestito con un niño vestido de ricas mantillas, pero envuelto en un trozo de mantón viejo o lienzo oscuro y BERNABÉ, con uniforme de verano, elegante y gorra de plato

BER. (Asomando con precaución.) ¿No hay nadie?

PEL. Nadie.

BER. Venga usté sin miedo, señá Bastiana.

BAST. (Saliendo.) ¡Ay, Virgen de la Paloma; tengo una angustia, que no respiro!

PEL. ¿Cómo han tardao ustés tanto?

BAST. Hemos tenío que ir en cáa la cuñá de éste por el chico. ¿No nos verá nadie, Pelegrín?

PEL. No señora; no pase usté cuidao.

BAST. Bueno, y ahora, ¿no lo dejamos entavía, verdá?

PEL. No, señora; de primeras hay que hacer lo que hemos pensao, pa que no nos falle náa.

BAST. Pues hala, no perdamos tiempo. Tú, enséñale al sereno la gorra, pa que se fijen en la corona.

PEL Y dile tóo lo que te tengo dicho, sin dejarte una palabra.

BER. Descuida.

PEL. Nosotros, a escondernos, señá Bastiana. (Se ocultan tras el kiosco.)

BER. Ustés, escóndanse; yo, a lo mío. (Llamando,) ¡Sereno!

LIB. (Dentro.) ¡Vaaa!

BER. Que me salga bien y que me acuerde de tóo.

ESCENA III

BERNABÉ, LIBORÍO

LIB. (Saliendo.) Buenas noches.

BER. Muy buenas, sereno.

LIB. (¡Un chofer de casa grande!) ¿Era usté el que llamaba?

BER. Servidor de usté, sereno.

LIB. ¿Y qué deseaba?

BER. Uste me dispense, pero me trae un asunto de suma urgencia.

LIB. Diga usté. (El resto de la escena en tono bajo y misterioso.)

BER. ¿Usté haría el favor de decirme si vive en alguna de estas casas, el señor Mariano Peláez, alias Garduña, prendero de profesión!

LIB. En esa casa, sí, señor.

BER. ¿En «El revoltijo?

LIB. Mismamente. Ese es su establecimiento; pero tiene una tertulia, ahí, en el café de San Millán, que va con otros industriales del barrio a echar unas manitas de rentoy toas las noches y no ha vuelto entavía.

BER. No, si no me precisaba de verlo; venía náa más que a saber si era esta su casa.

LIB. Pues sí, señor, que es esa. ¿Usté no es de por este barrio?

BER. No, señor; vívo en casa de los señores Condes, (Enseñando el escudo de la gorra.) que tienen en el hotel, garage con habitación.

LIB. ¿Y qué es, que los señores Condes mandan algún aviso p'almoneda u algo así?

BER. (Muy confidencial.) No, señor; no son custiones de prendería, sino de cierto asunto que... claro, uno no puede...

LIB. (Ya intrigado por el misterio.) Pero, vamos: ¿es cosa así de...

BER. (Cada vez más misterioso.) No, señor; no me parece a mí cosa así de... A mi corto entender, es un asunto así, como si digéramos... Yo soy mandao.

LIB. Pero, vamos, una cosa es ser mandao y otra ser una charada.

BER. Sereno: el que obedece se concreta.

LIB. Sí, señor; pero el que no entiende, se chincha. De toas formas, le avierto a usté que el señor Mariano y un servidor, tenemos muchísima confianza; conque, si le precisa a usté dejarle algún recao...

BER. Sí, señor.

LIB. ¿Qué le digo?

BER. Arrímese usté. De que venga, le pronuncia usté en escueto, estas palabras: «En cuidarlo, está la fortuna.»

LIB. ¡Rediez, qué raro!

BER. Ni más, ni menos. Conque, adiós, discreción y cuatro reales. (Dándole una moneda.)

LIB. Muchísimas gracias. (Bernabé hace mutis foro izquierda.) ¡Y luego dicen de las películas! ¡Qué recao más raro! «En cuidarlo, está la fortuna.»

VOZ (Dentro, foro izquierda.) ¡Liboriooo!

LIB. Vaaa. (Vase.)

ESCENA IV

BASTIANA y PELEGRIN

PEL (Saliendo de detrás del kiosco.) Ya s'ha ido. No hay nadie; salga usté. Ha llegao el momento

BAST. (Afligidísima.) ¡Ay, Pelegrín de mi vida, no sé si tendré fuerzas.

PEL. Animo, señá Bastiana.

BAST. ¡Calla, por Dios! ¿Y tú crees que nos saldrá esto bien?

PEL. Yo ya no sé; yo se lo tengo implorao a la Virgen de la Paloma, porque vivo dos casas más arriba de la Iglesia y vamos, desairar a un vecino, no creo yo que la Virgen...

BAST. (Mirando foro izquierda.) ¡Calla!

PEL. ¿Qué es?

BAST. Mira; parece que ahora sale del café.

PEL. Sí, señora; es el señor Mariano con sus amigos. ¡Pronto, pronto por Dios!

BAST. ¿Le dejamos aquí?

PEL. Sí; pero antes, traiga usté que le dé un beso.

BAST. ¡Mira qué ángel! (Le entrega el canastillo con el niño.)

PEL. ¡Pobrecito mío! (Lo besa.) Aunque parece que te dejamos, no te dejamos; lo hacemos por tu felicidad! (Deja el canastillo en el suelo, arrimado a la puerta de la casa de Mariano.)

BAST. ¡Pronto, que vienen! ¡Y miálo el muy frescales!.. ¡Viene con un amigote piropeando a una! (Vanse foro derecha.)

ESCENA V

MARIANO, el CALAGUA. Sale fondo izquierda una buena MOZA, con un pecho muy desarrollado; lleva muy ceñido el mantoncito de crespón; la sigue el señor Mariano. El Calagua viene detrás

MAR. (Llamándola.) ¡Chist! ¡Chits! Joven; perdone usté un momento, una curiosidaz.

MOZA (Parándose.) ¿Qué pasa?

MAR. ¿Se pué saber dónde va usté con ese recao? (Indicando, discretamente, la curva del pecho.)

MOZA No es pa usté.

MAR. Pues en caso de no encontrar al destinatario, en «El Revoltijo», se admiten encargos.

MOZA ¿Es de usté esa prendería?

MAR. Sí, señora; y tóo lo que hay en ella, se lo lleva usté a crédito, en cuantito que le dé la gana.

MOZA ¡Pero si usté no me conoce!

MAR. A las personas se las juzga, por sus *antecedentes*. (Refiriéndose a las curvas.)

MOZA ¡Vaya un viejo castizo! (Inicia el mutis; Mariano la sigue, tocando la Marcha Real. La buena Moza se para.) Pero no sea usté escandaloso, caramba.

MAR. ¡Yo escandaloso, y no como nueces por no meter ruido!

MOZA Ya, ya.

MAR. Lo que es, que yo, cuando pasa una real hembra la rindo los honores con bandera y música; ná más.

MOZA Bueno, pues arroparse y recuerdos al compañero de colegio.

MAR. ¿A éste? (Por Calagua.)

MOZA ¡A Matusalén! (Vase riendo, fondo derecha.)

CAL. ¡Ole ahí las hembras con humorismo! Bueno, Mariano, eres un espasmo pá el bello sexo y demás.

MAR. Calagua, me gustan más que el chantilly, pa que voy a mentirte. ¿Qué se puede hacer en este mundo un poco agradable, sin una mujer? Tocar el acordeón, jugar al mus, acertar charadas y dos o tres cosas más. En cambio, con ellas, tiés una lista de amenidades que te llenan un *Bayllé-Bayliere.* Vaya, adiós. (Inicia el mutis a su casa.)

CAL Pero, ¿no llamas al sereno?

MAR. No; dende que están como están las cuestiones sociales, tóo lo que puedo me lo hago yo sólo. Porque, mira: antes, llamabas al sereno, y por una chirigota, te abría aunque fuese *Puerta Cerrá*; pero ahora tiés que dar una perra y no es que te abran, es que meten la llave a regañadientes, hacen así: *tris-trás* (Ademán de dar vuelta a la llave), te dejan una rendija, y si pues pasar pasas, y si no te quedas atrancao.

CAL. Tiés razón, y demás.

MAR. A ver; el societarismo.

CAL. De forma que ahora a coger la camita blandita...

MAR. Naturaca.

CAL. Calentita por el calor femenino de tu señora, y demás...

MAR. No; de mi señora náa más.

CAL. Es mi muletilla.

MAR. Pues esa muletilla la usas para un Santa Coloma.

CAL. ¡Ja, ja! ¡Dios te conserve el humor! (Vase fondo derecha.)

MAR. Y a tí los granos. Bueno, a buscar otro día, Marianete. (Saca la llave y va a abrir su puerta. Al acercarse ve el cestillo y retrocede asustado.) ¡Regaita! ¡Pero, qué es esto que hay en mi puerta! (Se fija.) ¡Paece un lio de ropa! (Se acerca, toca y llora el niño.) ¡Arrea! ¡Un crío! ¡Mi madre; pero qué es esto? ¡Ah, no, pues en mi casa no! ¡Huéspedes, no! ¡Eso si que no!... Yo llamo al sereno y que se lo lleve. ¡Pues sí que es un regalito! (Llamando.) ¡Liborio! ¡Pa eso está uno, pa cargar con plepas de nadie. (Llamando.) ¡Liborio!

LIL. (Dentro.) ¡Vaa!

MAR. ¿Quién habrá sío el granuja que me ha querío osequiar? ¡Pué que alguna desgraciá, que se figuraba que...! ¡Liborio!

ESCENA VI

MARIANO y LIBORIO, fondo izquierda

LIB. (Saliendo.) ¿Qué pasa, señor Mariano?

MAR Pues náa, que me retiraba a mi casa y de que he ido a abrir la puerta, pues miá lo lo que me he encontrao en el quicio.

LIB. ¿Algún ojeto sospechoso?

MAR Un ojeto que llora. Arrima el farol y verás.

LIB. (Obedeciendo) ¡La panocha! ¡Un chico!

MAR Un chico o una chica, que vete a saber. Conque ya lo estás cogiendo y picando con él pa la Inclusa.

LIB. ¿Y quién habrá sío el desalmao que...?

MAR ¡Qué más da! Tú agárralo y al torno.

LIB (Mirando a la luz del farol.) ¡Y qué bonito! Miste qué preciosidaz de creatura, señor Mariano! ¡Este crío tié ya más de un mes...! ¡Y fíjese usté qué ropita más lujosa! ¡Hilo fino!

MAR. (Acercándose y examinándolo.) ¡Es verdá! ¡Qué raro! (Con creciente sorpresa.) ¡Y puntillas y tóo! ¡¡Atiza!!

LIB. ¿Qué es?

MAR. Que fíjate, en el babero tié bordá una corona de conde.

LIB. ¿De conde?

MAR. De conde.

LIB. (Dándose una palmada en la frente.) ¡Ay, mi madre! ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, que con la sorpresa se me había olvidao!

MAR. (Atónito.) Pero, ¿el qué?

LIB. (Con cierta incoherencia y como recordando.) El chófer que ha venido... el palacio... la fortuna... el recao...

MAR. Pero, ¿qué estás diciendo?

LIB. Que me ha preguntao por usté.

MAR. Pero, ¿quién?

LIB. El barrio de Salamanca... el recao... la peseta...

MAR. Pero, ¿te has vuelto loco?

LIB. ¡Qué me voy a volver! Que estoy coordinando unas cosas con otras. Calle usté; me caso

en el chuzo; que va usté a brincar de que le diga lo que es esto, señor Mariano.

MAR. Bueno, pero quítame eso de la puerta.

LIB. ¡Cá, hombre! Aguárdese usté que le cuente lo que ha pasao, que si usté no lo quiere, este chico me lo llevo yo. (Coge el cesto con el niño.)

MAR. (Asombrado.) ¿Tú? ¡Porra! Pero, ¿qué estás diciendo?

LIB. ¡Qué este angelito, señor Mariano, pué ser una fortuna!

MAR. ¡Mi madre! ¿Cómo una fortuna?

LIB. ¡Una fortuna inmensa!

MAR. (Cogiéndolo.) Oye, trae aquí al chico, que estaba en mi puerta. (Se queda con el niño; el cestillo lo coloca Liborio sobre el banco.) Y ahora, explícate claramente, que sepa uno...

LIB. Fos verá usté: No hará ni quince minutos que estaba yo abriéndole a un señor el siete, cuando en esto, me llaman por aquí; vengo y me se presenta un *chófer* elegantísimo, con corona de conde en la gorra, y me pregunta que dónde vivia usté. En esto va y me añide que unos condes que tién un gran palacio en el barrio Salamanca, l'habian mandao pa preguntarme que cuála era la prendería de usté.

MAR. ¡Rediez!

LIB. Que pronto recibiría usté un encargo de los citaos títulos.

MAR. ¿Y por lo visto, el encargo...?

LIB. Y que le digiese a usté reservadamente, de su parte: «En cuidarlo está la fortuna.»

MAR. ¡La fortuna! ¡Demontre! ¿Entonces, este niño...?

LIB. Este niño lo ha dejao aquí el chófer y viene fazturao pa usté.

MAR. ¿Tú crees?

LIB. Y es hijo de algunos millonarios.

MAR. (Ansiosamente.) ¿De veras?

LIB. Y en este cestillo vienen una porrá de billetes. Y si no, vamos a verlo.

MAR. ¿Billetes? Vamos, vamos. (Con codicioso afán buscan entre las ropitas del cestillo.)

LIB. Calle usté; aquí hay un billete.

MAR. ¿De cuánto?

LIB. (Saca una carta.) Un billete perfumao. (Lo huele.) Huele a lilas.

MAR. ¿Será alusión?

LIB. Es una carta. Y fíjese usté en el papel: la misma corona y un escudo nobilario.

MAR ¡Es verdá! Trae que veamos qué dice la carta. (Leyendo a la luz del farol de Liborio.) «Señor Mariano.» Me conocen. «Sabiendo que es usté un hombre honrao...» No me conocen, porque digo yo que si me conocieran hubiesen puesto: Mi apreciable amigo.

LIB. Natural. Siga usté.

MAR. «Sabiendo que es usté un hombre honrao y bueno, confiamos este niño a su custodia. Se trata de un secreto en el que va el honor de una familia ilustre. Cuídele usté, como si lo hubiese dao a luz usté mismo.»

LIB. ¡Caray!

MAR. «Todos los meses recibirá usté un vale, como el adjunto, de mil pesetas. Algún día, si usté se porta bien con el niño, todos esos vales se convertirán en dinero, y además, una fortuna muy grande será su recompensa. Discreción y afecto paterno.» Y aquí el vale. «Vale por mil pesetas, correspondientes a un mes de...» etc.

LIB. Bueno, señor Mariano, esto es cosa de película.

MAR. ¿Esto? Esto es de alguna dama de la aristocracia, que ha tenío un *diesliz*, y mientras se lo restauran, se lo quien quitar de enmedio.

LIB. Seguro, señor Mariano. Este chico no hay más que verlo; este chico es grande de España. Esta creatura crece y el día e mañana pué ser pa usté dos u tres millones, señor Mariano.

MAR. ¡Ay, no me lo digas! (Abrazando al niño.) ¡Dos u tres millones pa mí! (Lo besa.) ¡Ay, qué rico!

LIB. Y miste que pidermis.

MAR. ¡La nácar!

LIB. Es un grandecito; me juego el cranio.

MAR. Y dime, grandecito; cuando seas hombre, ¿me harás tu aministrador? ¡Que sí!.. ¡que sí!

LIB. ¿Me harás a mí tu mayordomo?

MAR. ¡Que no, que no! ¿Me harás?... ¡Ay! (Se separa el niño rápidamente.)

LIB. ¡Ha parao usté en seco!

MAR. En relativamente seco. ¡Me harás el favor de avisar pa otra vez, caramba!

LIB. Pero, ¿qué le ha pasao?

MAR. Pues me ha pasao de parte a parte.

LIB. No; si digo a él.

MAR. Náa que se conoce que como hemos empezao con eso de *me harás, me harás*, pues la creatura nos ha oído, y como estos chicos de la aristocracia son tan finos...

LIB. ¿Y qué va usté a hacer con él?

MAR. Toma, pues criarlo, ponerle un ama que va a quitar la cabeza, vestirlo lo mejor de lo mejor y llevarlo toas las tardes a la Castellana en un coche, pa que vean cómo lo trato.

LIB. Bien hecho.

MAR. Y tan y mientras, indago por *soto voce* quiénes son los padres.

LIB. Pero, ¿cómo?

MAR. Pues por el escudo nobilario, so primo. Miro un libro de esos de nobleza, que los hay y... ¿entiendes?

LIB. Es usté el primer vivo, señor Mariano.

MAR. *Naturaca.* Y de que lo sepa, hago mis gestiones, y cuarenta u cincuenta mil duros no hay quien me los merme.

VOZ (Dentro, fondo izquierda.) ¡Sereno!

LIB. (Con ira.) Vaá. Tengo gana de que nos sindiquemos, pa obligar a los vecinos a retirarse a horas fijas, no salir los domingos y no llamar más que una vez. ¡Vaaa! (Vase.)

MAR. ¡Dios mío! Sí, sí; estoy seguro: este angelito me trae una fortuna; sí, me la trae. Pero a todo esto, aún no sé si es chico u chica, y esto que por ahora, en estas criaturas, es un detalle pequeñito, pues tié cierta importancia pa lo futuro, porque si es mujer, sea pobre, sea rica, *desgraciá;* ahora, que si es chico... ¡Si es chico, tié un gran porvenir! Voy a ver. (Levantando las mantillas y mirándole.) Tié un gran porvenir; es chico. Lo prefiero. Pero, pienso yo una cosa: ¿cómo se habrán acordao de mí estos condes? ¿Será que han pedío informes a alguien u quizás que me conocen de aquella almoneda de aquel marqués, que le compré unos bargueños ya va pa un año? ¡Vaya usté a saber! ¡Misterios! (Mirando hacia la izquierda.) ¡Atiza! ¡Liborio con

mis contertulios del café! Se conoce que se lo han contao todo y vienen a husmear. (Al niño.) Oye; que esto de husmear, no es por tí; cuidao.

ESCENA VII

DICHOS. Vuelve LIBORIO con tres Viejos Contertulios del café

Música

LOS CUATRO ¡Señor Mariano!
Qué suerte ha tenido
hallando este retoño
de casa principal.
MAR. Hablar más bajo,
que está medio dormido
y si oye que le chillan
le puede sentar mal.
LIB. ¡Ay, qué bonito!
CONT. 1.º ¡Qué retrechero!
CONT. 2.º ¡Cómo me mira!
CONT. 3.º ¡Qué zalamero!
LIB. ¡Está más rojo
que una amapola!
MAR. Está redondo
como una bola.
LIB. La piel, la tiene
suave y sedosa.
MAR. Este chiquillo
tiene una cosa,
que a mí me causa
preocupación:
¿Podré criarle
con biberón?
LIB. Taparle, no se enfríe,
no le vaya a dar el sarampión.

—

MAR. A mí, la vista,
nunca me engaña;
es este niño
grande de España.
LOS OTROS De la nobleza
debe de ser.
MAR. Este es más noble
que un foxterrier.

—

Sus facciones me recuerdan
a las de gente elevada;
las narices, son las mismas
del marqués de la Ensenada;
por las cejas, es Godoy
o es el Duque de Tovar;
por el cuello, se parece
a *Allende de Salazar.*

—

TODOS — Duérmete, niño chiquito,
mira que viene la mora
preguntando de puerta en puerta
dónde está el niño que llora.
¡Arrorró!
¡Arrorró!

—

LIB. — Que vuecencia pase buena noche.
LOS OTROS — Que vuecencia duerma sin cesar.
LIB. — Que no sueñe con los *bolcheviques.*
LOS OTROS — Que mañana hay que madrugar.
MAR. — Hasta mañana, señores.
LOS OTROS — Enhorabuena y descansar.
MAR. — Marcharse ya despacito
que me lo vais a despertar.

(Van haciendo mutis por la izquierda, mientras que Mariano queda meciendo al niño. Telón de cuadro. Música en la orquesta.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

La escena representa el interior de una prendería en los barrios bajos. Puerta al foro, que da a la calle; otra a la izquierda, que da al interior del establecimiento. A la derecha, otra puerta. Muebles diversos hacinados y en desorden, unos sobre otros; entre ellos, armarios, camas, baules, artesones, butacas, sillas, braseros, ropas de diversas clases colgadas; en otro lado, colchones, cortinas, mantas, portiers... en fin, toda la diversidad de utensilios y enseres, que caracteriza esta industria. En primer término izquierda, una cuna colgada de madera curvada, con un niño. Es de día.

ESCENA PRIMERA

FELIPA y BRINQUITOS. Luego BASTIANA por la puerta de la izquierda

Música

FEL. (Junto a la cuna, meciendo al niño.)
BRIN. Habla bajito
que si te oyera...
FEL. Es mi tesoro;
es mi lucero.
BRIN. Mira, Felipa,
que si se entera...
FEL. Es que no sabes
lo que le quiero.
BRIN. Es esto que haces
poco sensato.
FEL. Por él tan sólo
quiero vivir.
BRIN. Estás buscando
tres pies al gato.
FEL. Calla, que el niño
se va a dormir.
Al arrorró mi niño;
mi niño duerme,
con los ojos abiertos
como las liebres. (Le besa.)

—

BRIN. Si le besas tanto
vas a desvelarle.

FEL. Déjame, Brinquitos,
déjame besarle.
Pobre niño chiquito;
no tiene madre,
ni tiene quien le quiera
ni quien le cante.
Pobre pequeño,
que no hay nadie que sepa
velar su sueño.

Hablado

FEL. Mira, Brinquitos; míralo que rico, míralo qué ojazos me echa. (Con extrema ternura.) ¡Angel mío! ¡Hijo de mi alma!

BRIN. (Aterrado.) ¡Por Dios, Felipa, más bajo, que va a salir su padre de usté y le va a oir todo y va a descubrir que yo soy encubridor y después de haberme llevao quince días haciendo papilla, al que van a hacer papilla va a ser a mí.

FEL. ¡Si es que no puedo contenerme! Estoy tan privá de demostrarle mi cariño, que cuando me quedo a solas con él, se me sale a borbotones del corazón.

BRIN. Si yo lo comprendo, pero...

FEL. Si no se lo digo a él. a quién le digo yo: ¡gloria! ¡rico! ¡cielo! ¡encanto mío!...

BRIN. Dígamelo usté a mí y yo se lo trasladaré.

FEL. ¡Y paece que me conoce! ¡Mira qué ojazos me echa!

BAST. (Saliendo y en voz más baja.) Pero, hija; ¿otra vez aquí? ¡No escarmientas! ¡Yo no sé cómo eres!

FEL. Madre, si es que no puedo.

BAST. ¿Pero crees tú que no le adoro yo con locura a este peazo de cielo y sin embargo, me aguanto? Para que tu padre no sospeche ni remotamente la verdad, ya sabes que casi todos los días le digo que no quiero a este chico en casa; que se lo lleve a la Inclusa.

FEL, ¡Ay! ¡A mí, cuando se lo oigo a usté decir, aunque sé que es mentira, me da un horror...

BAST. Sí, pero como tu padre hace siempre lo contrario de lo que le digo, diciéndole yo que se lo lleve, es la única manera de que lo tengamos seguro.

BRIN. Y luego, que cáa día le va tomando más cariño al rorro.

FEL. ¿De veras?

BRIN. Y no sólo le quiere porque se piensa que este niño es un Conde y va a ser su fortuna, sino que ya le quiere... amos, porque le ha tomao cariño espontáneo. Y el gitanazo este, paece que lo conoce y cáa vez que lo ve, le hace unas risitas...

FEL. ¡Hijo de mi alma!

BAST. Pues ahora es cuando hay que tener más prudencia, porque como tu padre averiguase la verdad antes de tiempo...

BRIN. ¡Calle usté por Dios! Con lo gravísimo que está, es que se nos quedaba muerto en un repente.

FEL. ¡Ay, no me lo digas, que a mí me mataba el remordimiento!

BAST. No, la verdad es que el compromiso en que me habéis puesto Pelegrín y tú, es de lo más horrible que le pué pasar a un ser humano.

FEL. Pero, ¿qué ibamos a hacer, madre? Hágase usté cargo.

BAST. Cualquier cosa, menos lo que habéis hecho.

FEL. Yo quería a Pelegrín a cegar; sin él no podía vivir, ya lo sabe usté; en esto mi padre se peleó con el de Pelegrín y nos dijo que antes que dejarnos casar, le veríamos hecho pedazos y echó a mi novio a la calle. No valieron con mi padre súplicas ni llantos, y entoces Pelegrín, ciego, desesperao, en vista de que ya no podíamos ser felices, me propuso un suicidio de esos de moda: que yo le matase a él y que luego él me mataría a mí. Aquello de que uno matase al otro, después de muerto, me se hizo a mí muy complicao y le dije: «Mira, puestos ya a hacer una barbaridad, lo mejor es que nos casemos.» Y fuimos, nos arrojamos a los pies de un sacerdote que estaba diciendo misa y por sorpresa...

BAST. Sí; y por sopresa me vinistéis con el cuento, cuando ya no tenía solución. Y por sorpresa, te tuviste que ir dos meses a Navalcarnero, a casa de mi hermana.

BRIN. Y a la vuelta nos encontramos con esta sorpresita. (Por el niño.)

BAST. Abusasteis de mi bondad.

FEL. No, madre; no.

BAST. Pero, claro, ¿qué iba yo a hacer? Ocultarlo; porque si se lo digo a tu padre, con lo enfermo que está. se nos muere del disgusto.

FEL. No tenga usté miedo; Dios nos protejerá. Por lo pronto, lo de hacerle pasar por hijo de un Conde y dejarlo en la puerta, ya ve usté que bien nos ha salido. Después le irá tomando apego poquito a poco y cuando ya le quiera, se lo decimos todo con habilidad y al fin tendrá que perdonarme. ¡Qué remedio, si soy su hija!

BAST. Sí; toó eso está muy bien, pero piensa en las complicaciones porque como él lo ignora tóo, ahora está decidío a casarte con el «Atildao»...

FEL. ¡Ay, maldito hombre, calle usté por Dios!

BAST. Y quiere meterlo en casa y formalizar las relaciones.

BRIN. Y con el carácter de Pelegrín, como sepa que el Atildao viene por usté, hay una trigedia horrible.

BAST. ¡Espantosa! Porque esos dos hombres se matan, tu padre averigua la verdá y se muere de repente y nosotras, ¡solas en el mundo!

FEL. ¡Ay, madre, por Dios, cállese usté!

BRIN. ¡Silencio!

BAST. ¿Pues?

BRIN. El señor Mariano que viene.

BAST. Vamos, que no sospeche.

FEL. Un beso. (Besa al niño y vanse las dos por la izquierda.)

ESCENA II

BRINQUITOS y el SEÑOR MARIANO, que sale por la derecha leyendo un libro

BRIN. (Cantando mientras mece al niño.)

«Duérmete, niño hermoso
que viene el coco...
que viene el coco...
que viene el coco...

MAR. Oye, tú, apropósito de coco, luego tienes que ir a las Américas.

BRIN. ¿Yo?

MAR. En cáa el señor Eleuterio, el anticuario.

BRIN. Ya.

MAR. A decirle de mi parte, que de los dos retablos que me encargó que viese en el taller de Lebrija, uno gótico y el otro estofao, que me quedo con el gótico porque el estofao no me gusta.

BRIN. Toma: ya le dije yo a usté que el estofao era de mú mal gusto.

MAR. Es muy churriguero. Y le añades, que por el gótico, no doy más que trescientas pesetas.

BRIN. ¡Y se corre usté mucho!

MAR. Le dices, que aquello es una ensalá de estilos. Que sí que es verdá que tiene una Virgen barroca, pero en cambio el Niño, es un niño gótico.

BRIN. Descuide usté que se lo diré tóo.

MAR. Oye, apropósito de niño: ¿le has dao el biberon al señor Conde?

BRIN. (Con ternura.) Sí, señor; todito.

MAR. ¿Y cómo se lo ha tomao?

BRIN. Como una persona formal. Chupa, que paece que toa su vida ha sido acaparador. ¡Da un gusto! No deja náa pa nadie.

MAR. Pues yo estoy aquí djeándome las pestañas contra este libro nobilario y no puedo averiguar a que casa condal pertenece el escudo grabao en la carta que acompañó al niño. Voy a ver si en esta página. (Leyendo, mientras Brinquitos sigue meciendo.) «Blasón de los Condes de Campo Pingüi. Escudo partido en pal. Primer cuartel. Seis rodeles en campo gironado.» Calle: aquí puede que... «Segundo cuartel.—Montaña en campo Bleu.» ¡Caray! Pues si este cuartel de la montaña, pertenece a la casa de Campo...

BRIN. El cuartel de la montaña pertenece al barrio de Argüelles, señor Mariano.

MAR. No seas bruto, hombre: si digo a la Casa de Campo Pingüi.

BRIN. ¿Pero usté cree que este niño tié cara de Pingüe?

MAR. Mira, Brinquitos: déjame hacer deducciones, y no me interrumpas, ¡caray!

BRIN. Usté, señor Mariano, lo que tié que hacer, y crea usté a su tenedor de libros, es dejarse

de investigaciones nobilarias y tener una meaja do pacencia, que ya parecerán los padres.

MAR. Yo no cejo, Brinquitos; el que no ceja, consigue.

BRIN. Pero si esto no es cuestión de ceja; esto es más bien cuestión de pestaña, señor Mariano.

MAR. Pué que tengas razón. En fin, ya veremos. (Deja el libro y se acerca a la cuna.) ¿Y qué hace, qué hace ese granuja?

BRIN. Se está quedando azorradito otra vez.

MAR. A ver. (Embelesado.)

BRIN. ¡Místelo, qué gloria!

MAR. ¡Verdaderamente, es una preciosidad! ¿Querrás creer que le voy tomando cariño a este rorro, Brinquitos?

BRIN. Toma y yo. Yo, ya no me podría pasar sin él. Si me quita usté de fajarlo, curiosearlo y hacerle papilla, me mata usté. En fin, haber pasao de tenedor de libros a niñera y no notarlo, ¡si le querré!

MAR. ¡Es tan cariñoso el ladrón! El otro día lo cogí en brazos un ratito y va y me echa las manitas a la cara, me agarra las gafas y me empieza a dar así en la frente, que de poco me saca un ojo. ¡Me daba un gusto!

BRIN. ¡A mí hay veces que basta parece que quiere hablarme!

MAR. Toma; como que anoche me cogió a mí de las narices y me tiraba de ellas, como queriéndome decir: «Pero, ¿quién te ha puesto aquí esto tan feo?»

BRIN. ¡Claro, como nunca ha tratao uno niños así, tan de cerca!...

MAR. ¿Y verdá que se le ve la aristocracia por tóos laos?

BRIN. Ya lo creo que se le ve.

MAR. ¡Mira ahora, mira ahora qué bostezo! ¡Cuidao que es un bostezo elegante!

BRIN. Parece de casa Fredys.

MAR. ¡Y, fíjate; fíjate qué desperezo tan de última moda! ¡Hay qüe ver! (Imitando un desperezo.) Se estira de una forma...

BRIN. Pos ¿y los ronquidos? Hay que oir cómo ronca.

MAR. Estos son ronquidos y no los de los chicos de las clases bajas, que roncan... ¡Arrrrj!

(Imitando un ronquido ordinario.) Una cosa ordinaria, que paece que esgarras cretona. El de éste, no; el de éste es un ronquido aristocrático. Este hace: ¡ajjj!... Una cosa tan delicada, tan fina, tan silbante.. Paece tal mente un eco de Sociedad.

BRIN. Ya lo creo..

MAR. (Separándose y avanzando al proscenio.) ¡Y esas zulúas de mi mujer y de mi hija, empeñás en no quererle!

BRIN. No las haga usté caso.

MAR. ¡Qué las voy a hacer! ¡Paece mentira! Pero, bueno; déjalas, que el desgusto que las voy a dar, va a ser menudo.

BRIN. ¿Cómo disgusto? (Acercándose) Pues, ¿qué pasa?

MAR. No pasa náa, no te alarmes; pero es que hoy, Brinquitos, las preparo lo que ellas no se figuran.

BRIN. Pero...

MAR. (En tono sombrío y trágico.) Tóo, menos que mi hija se case con Pelegrín. ¡Con el hijo de un hombre que me abofeteó en público! ¡Con el hijo de un hombre al que odio a muerte!

BRIN. ¡Pero, no sea usté así, señor Mariano! Qué tién que ver los hijos conque los padres... (Se sienta.)

MAR. (Vivamente e iracundo.) Mira, Brinquitos; si quieres conservar la colocación que tienes... la colocación que tienes en la silla, no me contradigas en esto, porque te pego una patada, que vas a tener que estar mes y medio sentándote a la inversa.

BRIN. Pero...

MAR. Con la boca del estómago. No te digo más. Y no me escites, que estoy muy delicao. (Hace dos o tres movimientos nerviosos.)

BRIN. (Levantándose, muy apurado.) ¡No, por Dios, señor Mariano; por mí no se ponga usté malo, que me moría del remordimiento!

MAR. (Como hablando consigo mismo y subiendo hacia el fondo.) ¡No!... ¡Pelegrín, no!... ¡Nunca, nunca! ¡Antes a peazos! ¡Lo juro!

BRIN. ¡Dice que nunca! ¡Ay, cuando sepa que... Y si averigua lo de... Y se entera de que la... Y alguien le dice que yo...

ESCENA III

DICHOS. DON MARCELINO, por el foro

MAR. (A Brinquitos, mirando por el escaparate.) Oye, aquel que viene, ¿es don Marcelino?

BRIN. (Mirando.) Sí, señor; es el médico.

MAR. Me alegro.

BRIN. ¿Quién le ha mandao buscar?

MAR. Yo; es pa mí.

BRIN. Pero, ¿es que no se encuentra usté mejor?

MAR. No, no me encuentro mejor; pero cállate, no se alarmen.

MARC. (Apareciendo.) Buenos días nos dé Dios.

MAR. ¡Hola, don Marcelino!

MARC. ¿Qué ocurre en esta casa, que se llama al médico?

MAR. ¡Chits! (En voz baja.) ¡Por Dios, pase usté en silencio!

MARC. ¿Pues?

MAR. Más bajo, que es grave.

MARC. Pero, ¿qué ocurre?

MAR. Como ocurrir, de cosas de saluz, no ocurre náa. Estamos tóos más buenos que un arroz en su punto.

MARC. ¿Entonces?...

MAR. Pero véngase usté pa acá, que en estas casas las paredes oyen... y hasta dan recaos; y luego, no conviene que el chico...

MARC. Entendido. (Se sientan hacia la derecha; Brinquitos vuelve a sentarse al lado de la cuna y sigue su tarea.) Pues tú dirás.

MAR. Náa; que hoy, don Marcelino, me hace usté más falta que el aire que respiro.

MARC. Tú me mandas lo que te dé la gana; ya lo sabes.

MAR. ¿Le dieron a usté pronto mi recao?

MARC. Cuando me iba a la casa de Socorro.

MAR. ¡Ah! Pero... ¿por fin le ha puesto usté casa?

MARC. Un entresuelito cuquísimo.

MAR. ¿Y cómo está la Socorro; como está?

MARC. Ca día más guapa, chico. Esto de las mujeres, Mariano, le traen a uno...

MAR. (Riendo.) Le traen y le llevan. ¡Valiente truchuela está usté!

MARC. ¡Pues mira que tú!...

MAR. ¿Yo? ¡Pobre de mí! ¡Un *amateur* náa más!

MARC. Bueno: ¿y qué es lo que me querías?

MAR. Pues náa, don Marcelino, que usté es mi salvación. Ya conoce usté a mi mujer, en lo referente a su carácter.

MARC. Toda la vida te he compadecido; ¡te ha tocado una fiera!

MAR. ¡Terrible! Y lo peor no es el genio, sino que tié una fuerza bruta que espanta.

MARC. Sí, hombre, sí; ¡qué me vas a decir! Si un día la vi yo colgar unos cuadros y me quedé absorto. ¡Clavaba los clavos a puño!

MAR. Toma, y eso no es náa. Miste si tendrá fuerza, que una vez regañamos, me cogió por las solapas, y cómo me sacudiría, que me adelantó el reloj veinte minutos.

MARC. ¡Qué animal!

MAR. En fin; el día que friega los suelos, no frota un ladrillo que no lo abolle.

MARC. ¡Chico, es espantoso!

MAR. Bueno, pues mi hija, no digamos que es tan bruta como su madre; pero también se las trae de genio. Pues bien: ya sabe usté que después de una época de tormentos, al fin voy tirando con ellas, gracias a la ocurrencia feliz que tuvo usté de decirlas que no me contrariasen ni me diesen ningún disgusto, porque tengo una enfermedad que me puedo poner gravísimo y morirme en un repente.

MARC. Hombre, sí; yo, para que te dejasen en paz, les dije que tenías una arterioesclerosis, y que el día que te diesen un golpe o un disgusto grave, como se te rompiera un vaso, pues podías quedarte muerto instantáneamente.

MAR. ¡Ay, don Marcelino; aquello del vaso, fué mi salvación. Desde entonces, vivo como me da la gana. Las infelices, por no disgustarme, me siguen la corriente, no me dan una voz más alta que otra, y si algún día noto que ya me se van a sublevar, hago unos cuantos guiños, me agarro el corazón, ejecuto unos estremecimientos convulsivos, como la muestra, y me se ponen talmente más mansas que dos corderas pascualas. Me he entrenao de una forma, que pierdo el conocimiento de quince maneras distintas

y toas alarmantes. Así... así... así... (Hace los gestos adecuados.)

MARC. Pero no abuses, porque si te cogen la martingalita...

MAR. ¡Qué me van a coger!

MARC. Bueno, y hoy, ¿qué quieres?

MAR. Pues que entre usté ahora mismo y me haga el osequio de decirlas que he sufrido una agravación y que, al menor disgusto que me den, se tien que hacer luto.

MARC. ¿De modo que hoy tienes alguna aventurilla?

MAR. No, señor; lo de hoy es cosa seria. Es que le voy a decir a mi hija que renuncie pa siempre a su novio.

MARC. ¿Al fontanero?

MAR. Al mismo. Quiero que formalice sus relaciones con el Atildao.

MARC. ¿Ese novillero tan guapo y tan fachendón?

MAR. Ese novillero, que en cuantito y que torée en Madrid cuatro tardes, Belmonte y Sánchez Mejías a repasar calcetines.

MARC. Entonces...

MAR. El chico, ciega por mi Felipa, y a más, está protegido por una persona, que a mí...

MARC. Bueno, pues, ni una palabra; sé lo que las he de decir. Yo, a cambio de que tú me ayudes, dando y recibiendo los recaditos de la Socorro, y me... Porque, chico, mi mujer también es una Otelo, con cubre-corsé.

MAR. No haga usté caso: (Se levantan y se estrechan la mano.) protección mutua.

MARC. ¡Qué Mariano! ¡Eres el demonio! (Dirigiéndose hacia la puerta izquierda.)

MAR. (Dando un cogotazo a Brinquitos, que se ha dormido.) El demonio... con su tenedor.

MARC. Voy allá.

MAR. Buena mano. (Don Marcelino hace mutis.)

BRIN. (Levantándose y muy apurado.) Y qué, ¿cómo le ha encontrado a usté?

MAR. Medianejamente. El caso es que llevaba algunos días bastante hepático; pero hoy dice que me vuelve a encontrar muy antihepático.

BRIN. ¡Caray! ¡Pues yo no le encuentro a usté tan antihepático como dicen!

MAR. Que me miras con buenos ojos; pero, fíjate: belfo lívido, oreja pálida, niña triste... En

fin, me voy ahí al lao en cá del señor Sabino, el librero de viejo, a ver si me deja otro libro de Heráldica, porque éste... Si te hago falta me das una voz, pero no muy fuerte, pa que no me traumatice. (Vase foro, llevándose el libro.)

BRIN. Descuide usté.

ESCENA IV

BRINQUITOS. Luego PELEGRIN, foro

BRIN. Bueno, el que va a morir en esta casa voy a ser yo, porque entre la enfermedad del señor Mariano, que no sé qué tiene en la cristalería; lo del niño, que hay que disimularlo, y lo de la Felipa, que hay que ocultarlo, pues estoy que cada susto que me llevo, el corazón me da unos saltos que ni la Bilbainita.

PEL. (Entrando cautelosamente.) ¡Brinquitos!

BRIN. (Aterrado.) ¡Pelegrín! ¡¡Tú!!

PEL. Estaba acechando, he visto salir al señor Mariano y me he colao.

BRIN. (Con agobio.) Vete, por Dios, que pué volver.

PEL. No me es posible, Brinquitos, necesito decirle a la Felipa un conflicto gravísimo que nos amaga y que yo se lo venía avirtiendo.

BRIN. Pero, ¿¡qué conflicto es ese?

PEL. Pues náa menos que he sabido de buena tinta, que el Atildao dijo anoche en la taberna del Canela, que hoy vendría a esta casa a invitar a la Felipa a la inauguración de ese campo de recreos que se titula el Mojama Park, y que la llevaría, quisiese yo u no quisiese.

BRIN. ¡Qué tío granuja!

PEL. Y que le brindaba a la concurrencia el primer fox que bailase con ella. ¡Carcula cómo me habré puesto!

BRIN. Ese es un bocón. No hagas caso, Pelegrín.

PEL. ¿Que no haga caso? Ese tío, alentao por el señor Mariano, ha dicho que hoy vendrá aquí y viene. Bueno, pues como venga, va a correr una de sangre que vas a tener que salir a pedir socorro con chaleco salvavidas.

BRIN. ¡Pelegrín, no te oceques!

PEL. No; no lo aguanto. Me verás a cachitos, me verás en el depósito, pero ese ladrón no le pone una mano encima a la Felipa. Eso, jurao. (Pasea agitado, hablando entre dientes con desesperación.)

BRIN. (Con creciente espanto.) Uno, que lo veré en el depósito; otro, que lo veré en el hospital; otro, que lo veré en el cementerio... Bueno; yo tengo un espanto encima é mi alma, que el día que me entierren me va a parecer que voy de juerga.

PEL. ¡Que venga ese maleta! ¡Que venga ese canalla, que yo le juro que...!

BRIN. (Que ha subido al fondo. Aterrado.) ¡Dios mío!

PEL. ¿Qué pasa?

BRIN. ¡Que viene el señor Mariano!

PEL. ¡Mi madre! ¿Dónde me meto?

BRIN. (Detrás de un lío de colchones.) Aquí; métete aquí. (Pelegrín se oculta.)

ESCENA V

DICHOS, el SEÑOR MARIANO y tras él EUDOSIO. Ambos de la calle

MAR. Por fin he dao con un libro, que de aquí se saca quien fué el padre de Adán y Eva.

BRIN. Pues ya es sacar.

EUD. (Entrando, sombrío y trágico.) Buenos días.

MAR. ¡Eudosio! ¿Me venías siguiendo?

EUD. Poco menos. Mariano: Acaban de notificarme del Juzgao que me *quién* desahuciar de tu casa.

MAR. Hombre, hace seis meses que no me pagas; me paece que estoy cargao de razón.

EUD. Mariano, mira lo que haces, que tengo a la Ulalia enferma, que no tengo trabajo, que no sé ande meterme...

MAR. Pos yo te veo tóos los días en la taberna.

EUD. Mariano, que estoy desesperao.

MAR. ¿Y quiés vivir de guagua? Náa, Udosio, ya estoy harto: u me pagas u a la calle.

EUD. Está bien. Avasallais a los desgraciaos.

MAR. Yo pido lo mío.

EUD. Tú eres rico. Encima te dejan en la puerta una creatura que pué ser una fortuna. La

vida es pa tí. En cambio, uno... Pero yo te prometo...

MAR. Mira, Udosio. No me amenaces, que estoy muy delicao.

EUD. (Mirando a la cuna.) Yo te juro que si algún día puedo quitarte...

BRIN. (¡Y mira al niño!)

MAR. ¿Qué me vas a quitar tú?

EUD. El bien que tengas, te lo quitaré, sea como sea.

MAR. (Levantándose amenazador.) A la calle, ahora mismo.

EUD. Con Dios. ¡Pero míalas, si no... (Vase iracundo y siniestro.)

MAR. ¡Valiente canalla!

BRIN. ¿Ha visto usté con qué ojos miraba a la cuna?

MAR. Ya me he fijao. Ese bribón tié unas intenciones muy malas, Brinquitos, muy malas.

ESCENA VI

MARIANO, BRINQUITOS, y la SOCORRO por el fondo

SOC. (Entrando.) Muy buenas.

MAR. Muy malas, digo, muy buenas. Ay, usté disdense, Socorrito, que es que no está uno en lo que dice. ¿Y cómo tanto bueno por esta prendería? (Le ofrece una silla y ambos se sientan.)

SOC. Que me gustan los trastos; ya lo ve usté.

MAR. ¿No le han chillao a usté los oidos?

SOC. A mí no me chilla nadie, hijo; me gusta tóo muy bajito. ¿Y con quién hablaba usté, si no es secreto?

MAR. (Confidencial.) Con don Marcelino, que está aquí.

SOC. (Alarmada.) ¡Atiza; mi médico! ¡Si sabe que he salido!... ¡Madre!

MAR. ¿No la deja a usté salir?

SOC. Calle usté, hombre, que es más cursi que un bastón de nudos. ¡Tiene celos!

MAR. ¿Celos de usté?

SOC. Le digo a usté, hijo, que antes de sugetarse una, debía mirarlo, y...

BRIN. Que hay muchos pimpis que no saben apreciar lo castizo.

SOC. ¿Y usté, sí?

MAR. Servidor, el día que a usté se le antoje, no tié más que gesticular afirmativamente, y a los dos segundos, tié usté un perro de lanas enroscao en su base.

SOC. Me lo apuntaré, porque tengo varias solicitudes.

MAR. Una curiosidad.

SOC. Venga.

MAR. ¿Qué número hago yo?

SOC. Está usté haciendo el quinto.

MAR. (Frotándose las manos.) Estoy al lao del cuarto: me colaré.

SOC. ¿Y sería usté capaz de engañar a su pobre señora?

MAR. Pero, Socorro, si es que tengo una señora menos animada que un callejón sin salida.

SOC. ¡Valientes granujas están ustés los hombres!

MAR. Bueno; y usté, ¿a qué venía a este su establecimiento? Porque, usté vendrá a algo.

SOC. A repetirle a usté lo que tantas veces le tengo dicho. Sé que el Atildao, está loco por la Felipa y yo quiero que haga usté que la chica le oiga. ¡Qué menos! ¿Ande se va a poner el Pelegrín ese con este muchacho, que es una gloria de simpatía y de tóo? Y no lo hago porque me deba mil doscientas pesetas y pretenda yo que haga una buena boda y me las pague; no señor. Mi ojeto es, que el chiquillo tenga ayuda de alguien, porque se la merece; y si usté le da la mano... la mano de su hija... pué que aletee y, vamos, ninguno perderíamos náa. Y como yo sé que usté me aprecia, en serio, y conoce mi interés, sé que hará por él tóo lo que pueda.

MAR. Socorro, usté es mi co-propietaria. El Atildao, es mi candidato; lo demás, corre de mi cuenta.

SOC. ¿Palabra?

MAR Un contrato.

SOC Tié usté la simpatía por arrobas.

MAR. Y usté la gracia, por vagones-cubas. Ahora, un inciso.

SOC. Venga.

MAR. (Confidencial.) Socorro: ¿podré aspirar algún día a que este fuego que me se ha declarao en el principal izquierda, (Por el corazón.) se propague al edificio contiguo?

SOC. *¿Conmiguo?*

MAR. Contiguo.

SOC. No puedo contestar más que una cosa.

MAR. Venga.

SOC. Que no estoy asegurá de incendios. Ná más. (Le da una bofetada cariñosa y se marcha foro.) ¡Tío tonto!

MAR. (Acompañándola.) ¡Ole ahí lo castizo en el mundo! Bueno, es la tía más *salá*, que repiquetea los tacones en el asfaltao madrileño. ¡Me tié demente! ¡Pa que no le haga caso la Felipa al Atildao! Pero, cómo: ¡por la posta! Y a más, así la quito de una vez de Pelegrín. Ahora, que, si don Marcelino supiese mis iniciativas con la Socorro, esto del vaso, pué que me se propagara a toa la vajilla. ¡Las hijas de Eva, qué ricura! (Acercándose a la cuna.) Oye, Brinquitos: creo que vas a tener que ponerle otras bragas al señor Conde.

BRIN. No; si se las he mudao hace poco.

MAR. Es que me parecía que su Excelencia... En fin; por lo pronto, hazle la papilla, que ya es hora.

BRIN. Eso, sí señor.

MAR. Y mientras, yo seguiré buscando en el libro de orígenes. (Se sienta y ojea el libro.) «Blasón de los Condes de Fuente Seca. (Sigue leyendo.)

ESCENA VII

MARIANO, BRINQUITOS, BASTIANA, FELIPA y DON MARCELINO

Felipa y Bastiana, salen siguiendo a don Marcelino; hablan los tres en voz baja. Las mujeres muy emocionadas; casi llorosas

BAST. Pero, ¿tan mal le encuentra usté, don Marcelino?

MARC. Son los progresos naturales del padecimiento. Ahora, que hoy está de una forma, que un disgusto, podría serle fatal.

BAST. No, no tenga usté cuidao. Si usté no puede figurarse lo que nosotras estamos pasando por no disgustarlo.

FEL. Ay, don Marcelino, usté no sabe el sufrimiento que tenemos con mi padre, porque con esto de que no se le puede disgustar, nos está poniendo verdes por menos de náa y hace lo que le da gana y abusa de una forma...

BAST. Anoche me dió un puntapié en la espinilla, que si yo sé que está mejor, amos, es que hoy tiene las narices en la nuca.

MARC. No, por Dios, mucha calma; se quedarían ustedes sin él.

FEL. ¡Qué lástima! Porque antes, cuando estaba bueno, mi madre lo manejaba a su gusto y hacíamos lo que nos daba la gana; pero ahora ..

BAST. Y diga usté, don Marcelino: después de darle la medicina, no podría yo, así, como quien no hace la cosa... (Acción de darle un puñetazo.)

MAR. ¡No, por Dios! Un traumatismo, sería fatal. (Va hacia Mariano.)

BAST. ¡Dónde cogería esta enfermedad el ladrón éste!

MARC. (A Mariano aparte.) Puede usted incluso pegarlas dos guantás.

MAR. (No lo echaré en saco roto; gracias)

MARC. (Alto.) Vaya, adiós, señor Mariano; que me tome las cucharadas y mucha tranquilidad.

MAR. Descuide usté, don Marcelino.

MARC. (A ellas.) Y ustedes, ya saben, paciencia. (Vase.)

LAS DOS Sí, señor.

ESCENA VIII

FELIPA, BASTIANA, MARIANO y BRINQUITOS

BAST. ¿Amos, pero estás viendo?

FEL. ¡Ay, madre, qué desgracia que esté tan delicao!

BAST. Ahora, que yo creo, hija mía, que aunque suavemente, debíamos darle otra carga, pa afianzarnos con lo del niño.

FEL. Sí, señora; no estará demás.

BAST. ¿Qué hace?

FEL. Buscando a ver si da con la familia del chico.

BAST. ¡Y tan a mano como la tiene!

FEL. Se ha empeñao en encontrar las armas de la familia y si supiera que la familia no tié más armas que una navaja de afeitar...

BAST. ¿Qué dice ahora?

MAR. (Abstraído.) Pues señor: aquí, un grifo ram-

pante; aquí, dos grifos sobre castillo almenado... ¡No me parece a mí que tanto grifo pa esta criatura!...

BRIN. ¡Pues si supiera que es hijo de un fontanero!...

BAST. Silencio. Anda, hija.

FEL. (Acercándose y cariñosamente.) Pero, ¿ya está usté como tós los días, padre?

MAR. (Seco y rabioso.) Estoy como me parece. ¿Qué pasa? (¡Hoy las acoquino!)

FEL. No, nada. Pero no se incomode usté, padre; si una le habla a usté de bien a bien.

BAST. Una lo dice porque te vas a dejar los sesos contra esos papeles.

MAR. La lástima es que no te los dejas tú contra una esquina.

FEL. ¡Pero, padre...!

MAR. Cascarita de naranja tenía yo que ser.

BAST. (A su hija.) (¿Estás oyendo?) Pero, Mariano; ¿qué te ha dicho una para que te pongas así, hijo?

MAR. Me pongo como me da la gana. (Se levanta furioso.)

FEL. Pero, padre, que está usté delicao, modérese usté.

MAR. ¡Qué me voy a moderar, si es que a lo mejor te crees que tienes en casa una señora y es un barril de aceitunas!

FEL. ¿Mi madre aceitunas?

BAST. ¿Yo barril? (¡Cristo de la Salud, que se ponga como un roble, pero para hacerlo leña.)

FEL. Pero, padre, si nosotras lo decimos porque nos da lacha, con lo enfermo que está usted, verlo ahí descrismándose contra esos librotes.

MAR. Esto no son librotes; esto es Heráldica, pa que te enteres. Cencia nobilaria, de linajes, orígenes y ascendencia de la nobleza española, desde nuestro padre Adán.

FEL. ¡Ah! Pero, ¿Adán era marqués?

MAR. Adán era varón.

FEL. No lo sabía.

MAR. Habérselo preguntao a Eva.

FEL. ¿Y a usté qué le importa eso?

MAR. Me importa y muy mucho, porque ya sus tengo dicho cien veces que el día que yo averigüe que condes son los progenitores de este vastaguito laztante y nobiliario, el au-

tomóvil del duque de Alba va a ser un volquete comparao con el mío.

BAST. Mariano, una no quiere disgustarte, porque estás enfermo, pero tampoco te vamos a dejar que hagas estupideces.

MAR. ¿Yo estupideces?

BAST. De forma que déjate de fantasías, de aristocracia y coge a ese niño y llévalo a la Inclusa, que es lo que debes hacer; créeme a mí.

MAR. (Indignado.) ¿Qué has dicho? ¿Este niño a la Inclusa?

FEL. Sí, padre. Por la ilusión de una fortuna problemática, ¿cómo va usté a cargar con la responsabilidad de un crío, cuyos padres Dios sabe si...?

MAR. (Frenético.) ¡Basta!

BAST. ¡Pero, Mariano, por Dios, no te alteres!

MAR. ¡Basta he dicho! Este niño está aquí porque a mí me da la gana.

FEL. (Suplicante.) ¡Por Dios, padre, la encefalitis!

MAR. ¡Y lo criaré a tóo lujo! ¡Y la que se oponga se va a la calle!

BRIN. ¡Señor Mariano, el vaso!

MAR. Y vosotras sus aguantais y le llamais vuecencia. Y tú, (A Brinquitos.) le das el biberón con guantes.

BRIN. Sí, señor; si ya ve usté que yo...

MAR. Y si me replicas, te pongo cofia.

FEL. ¡Uy, cofia al chico!

BAST. ¡Pero, por Dios, no te pongas así!

MAR. De forma, que sólo me resta haceros una avertencia preliminar, pa concluir; tratar de convencerme de que yo abandone a esta criatura, es más difícil que coger grillos con guantes de boxeo. No sus digo más. Es mi *última mote de la fin.*

FEL. ¡Calma, padre!

MAR. Y no darme más disgustos, porque yo... ¡Ay! ¡Aire!... ¡Agua!... ¡Me ahogo!... (Mutis por la derecha con muchos aspavientos, simulando un ataque de nervios, confiado al buen criterio del actor.)

ESCENA IX

FELIPA, BASTIANA y BRINQUITOS. Luego PELEGRIN

FEL. ¡Ay, qué gusto! ¡Ay, qué alegría! ¡No le quitan el chico ni con ganzúa!

BAST. Basta conque yo le diga que no lo quiero, pa que no lo suelte ni a tiros.

BRIN. Bueno, yo estaba deseando que se fuera.

FEL. ¿Pues?

BRIN. Pa decirles a ustés, que está aquí el señor Pelegrín.

BAST. ¿Aquí?

PEL. (Saliendo de su escondite.) Desde hace un rato.

FEL. Pero, ¿cómo estabas ahí escondido?

PEL. Pues porque entré a decirte una cosa muy grave, me sorprendió tu padre y tuve que esconderme.

FEL. ¿Y qué es eso tan grave que querías decirme?

PEL. Pues que yo no puedo continuar así ni un día más, Felipa.

BAST. Pero, ¿ahora salimos con esas?

BRIN. (Que observa en la puerta.) ¡El Atildao! ¡Que viene el Atildao!

LOS TRES ¡Que viene!

BRIN. Con su mozo de estoques: con el «Neceser.»

PEL. ¿Lo están ustés viendo?

FEL. ¡Maldito hombre!

PEL. Ha llegao el momento; lo mato.

BAST. (Sujetándole.) ¡No, por Dios, Pelegrín; calma!

PEL. ¡Lo mato sin remedio!

FEL. ¡Ten juicio, Pelegrín, siquiera por nuestro hijo!

BAST. Adentro. (Lo empujan.)

BRIN. (Sacando al niño de la cuna.) ¡Mírelo ustél ¡El se lo implora!

FEL. Hazlo por él.

PEL. Pero como yo pueda... (Entran todos por la izquierda.)

ESCENA X

El ATILDAO y el NECESER. El primero, es un tipo vestido con esmero, pulcrísimamente, a la manera de un torerito madrileño, guapo y presumido. El Neceser, su adlátere, representa un chulo de más baja estofa

Música

NEC. (A su acompañado.)
Desparpajo, soltura
y más desfachatez.

ATIL. ¿Cómo va la figura?
NEC. ¡Eres una pochez!

—

ATIL. Dime si encuentras en mi traje algún defec-
[to,
que perjudique la conquista que proyecto.
NEC. Al ver sólo como vistes,
puede ser que la conquistes.
ATIL. Delátame todas las faltas que tú creas
ahora que a tiempo de decírmelas estás.
NEC. Es mejor que tú lo veas
y después me lo dirás.
ATIL. Tienes razón;
yo la debo causar sensación.
NEC. Créeme a mí,
quien te vea te cree un maniquí.
ATIL. No has reparao
que esta honda me ha levantao.
NEC. Es que se ha desrizao;
mas no pases cuidao,
que yo soy un *coifer*
como tú no has soñao. (Lo peina.)
ATIL. Tú fíjate
en el barro que llevo en el pie.
NEC. Ya lo he notao;
que no sabes cuidar el calzao.
(Saca una gamuza y le limpia las botas.)
ATIL. Mira el pulgar;
perdió el brillo de tanto fumar.
NEC. No te debe apurar,
que te lo he de limpiar,
pues por si es menester,
llevo aquí el *polisuar*.
(Saca uno y lo limpia.)

—

ATIL. ¿Crees que a la chica la podré quitar el hipo
con esta facha y este empaque y este tipo?
NEC. Si el Tenorio vive ahora
no vislumbra una señora.
ATIL. Aquí yo tengo que triunfar o es que estoy
[loco,
pues nadie a mí me ganará en vistosidad.
NEC. Esta tienda de aquí a poco
va a ser de tu propiedad.

—

Desparpajo, soltura
y más desfachatez.
ATIL. ¿Cómo va la figura?
NEC. ¡Eres una pochez!

Hablado

ATIL. (Adoptando una postura definitiva.) ¿Conservo la *línia?*

NEC. Eres talmente un foto-bromuro. Aguarda. (Da manotazos en el aire.)

ATIL. ¿Qué haces?

NEC. Es una mosca. Que no quiero que te se pare una mosca encima sin limpiarse las patas.

ATIL. (Sacude al aire.) Natural que no. Anúnciame.

NEC. No hace falta; el señor Mariano sale.

ESCENA XI

DICHOS y el SEÑOR MARIANO

MAR. (Muy efusivo.) ¡Mi querido Atildao!

ATIL. ¡Señor Mariano! (Se abrazan.)

MAR. Espera que te restaure, que al oprimirte... (Le arregla.) Aguarda que te ponga un tapiz, que está el parquet sin encerar. (Lo coloca y le obliga a subir encima.)

NEC. Deje usté, que eso es cosa mía.

MAR. ¿Y qué tal, mi apreciable Neceser?

NEC. Servidor, sin novedad.

MAR. Conque, ¿honrando mi casa?

ATIL. Los honraos somos nosotros, señor Mariano.

MAR. ¡Que te crees tú eso! Bueno; ¿y a qué debo la satisfacción? (Dando un manotazo al aire.) Espera, que te mariposea una polilla. ¿Quieres que te pongamos una gasa?

ATIL. No, señor.

MAR. ¿A qué debemos la satisfación de verte en este domicilio?

ATIL. Señor Mariano; el corazón manda.

MAR. ¡Ah, granuja! (Fijándose en una de las sortijas del Atildao.) ¡Una sortija que se le ha empañao! (Al Neceser.) ¿No has traído el Sidol?

NEC. Tengo *franela.* (Saca un trozo y limpia la sortija.)

MAR. Conque una visita interesada.

ATIL. Hombre, tanto como eso...

MAR. Apesar de tóo, sus voy a osequiar; ¿un vasito de Jerez, no me lo despreciaréis?

ATIL. El osequio no es pa ello.

MAR. (Entra por la derecha y sale inmediatamente con una

bandeja, en la que trae una botella y tres vasitos que sirve en una de las mesas.) Tres palos cortaos.

NEC. Buena marca.

ATIL. A su salud.

MAR. A la vuestra.

NEC. A la de ustés. (Beben.)

MAR. ¿Conque decías que el corazón manda?

ATIL. Señor Mariano; creo que la señá Socorro ya le ha indicao a usté diferentes veces mi honrao sentir hacia su hija de usté.

MAR. Por lo que la Socorro me ha dicho, y por lo que yo te estimo de mi motu, he de hacer lo que pueda y lo que no pueda pa que mi chica te aprecie como te mereces, Mamerto.

ATIL. Servidor no iznora que su hija de usté está una miaja aluciná con Pelegrín.

MAR. Hombre, mi hija, como toas las mujeres, se alucinan con lo que tién delante, aunque sea una hojadelata; pero le mando yo que te quiera y te quiere.

ATIL. No, perdone usté, que yo, no siendo un cariño *espontanio*...

MAR. ¿Y pa qué tengo yo una estaca más que pa que te quiera espontaniamente?

ATIL. De forma que, volviendo a lo nuestro: mi ojetivo por ahora, señor Mariano, no es más que invitar a ustés, en nombre de la Junta directiva de Damas de la calle del Bastero, perteneciente a la Liga Anticurdánea, al festival que se celebrará en el Mojama-Park, con *ojeto* de allegar recursos para convertir las tabernas en puestos de cacahuets, mojama, camarones y otras golosinas elegantes.

MAR. ¡Me han dicho que será un suceso de fama mundial en tóo el barrio!

ATIL. Van a ir las mejores mozas de Embajadores.

MAR. Pues va a dejar memoria perdularia esa fiesta.

ATIL. Y mi deseo es que lleven ustés a la Felipa, pa que yo tenga ocasión de dar con ella respetuosamente dos vueltas de *fox*, que me oiga dos humildes palabras, y luego, que ella proceda. Lo que pueda ser y yo me merezca y náa más.

MAR. Tú te lo mereces tóo; iremos al Mojama-Park.

ATIL. Pero, ¿está usté seguro que querrá ir la Felipa?

MAR. ¿Pues no ha de querer ir? Mi hija, gracias a Dios, no tiene, hoy por hoy, quien se lo impida.

ESCENA XII

DICHOS y PELEGRIN por la izquierda

PEL. (Apareciendo.) Servidor.

LOS TRES (Asombrados.) ¡¡Pelegrín!!

PEL. Me llaman.

MAR. Pues si te llaman vete, que aquí no te habíamos llamao.

PEL. (Emocionado y tembloroso, dándole vueltas a la gorra.) Aquí me llaman a mí los sentimientos de mi corazón, señor Mariano.

MAR. Pelegrín, no olvides que estoy muy enfermo.

PEL. Pues gracias a eso no han sonao aquí ya dos detonaciones.

ATIL. (Con terror.) ¡Mi madre! (Retroceden.)

NEC. (¡La panocha!)

MAR. ¿Y de dónde sales, si pué saberse?

PEL. He venío porque quiero que hablemos de este asunto de una vez y pa siempre, señor Mariano. Por lo tanto, yo necesito decirle a usté, aunque sea delante de este figurín atrasao...

ATIL. Oiga usté, mi amigo.

MAR. No te impresiones, que yo le contestaré.

PEL. Aunque sea delante de este figurín atrasao y de su distinguida bolsa de aseo...

MAR. ¡Calma!

NEC. Aguardo.

PEL. Que la Felipa no va al Mojama-Park esta tarde.

MAR. ¡Achís! (Finge un estornudo.)

PEL. ¡Jesús!

MAR. En cuanto me se pone un ventilador delante me constipo. Esperarse, que voy a pararlo. (Da dos pasos hacia Pelegrín.) Pelegrín.

PEL. Servidor.

MAR. El que te dirige la palabrita se llama Mariano Peláez, prendero de profesión; el señor se denomina Mamerto López, alias el Atildao, matador de novillos toros.

ATIL. Náa más que eso.

MAR. Y ese joven, se intitula Hilario Mínguez, el Neceser, mozo de estoques del adjunto. Ambos a tres, somos mayores de edaz, con cédula personal de oncena clase, y hemos determinao de hacer lo que nos dé la realísima gana, salvo error u omisión.

ATIL. Náa mas que eso.

MAR. De forma que, como has venío con la oportunidad de una murga a la hora de la siesta, pides perdón, te pones la gorrita, te ahuyentas y aquí no ha pasao náa. (Le empuja para que se vaya.)

PEL. ¡Señor Mariano!

MAR. Aquí no ha pasao náa.

PEL. (Revolviéndose desesperado) Aquí no ha pasao náa, pero va a pasar.

MAR. (Retrocediendo con miedo.) Pelegrín, no me chilles, que estoy enfermo.

PEL. Su hija de usté me quiere a mí, que soy un hombre honrao, y no tié que oirle náa a ese sinvergüenza, señor Mariano.

ATIL. Oiga usté, só mamarracho.

MAR. (Conteniéndole.) No le pegues, que tié grasa.

PEL. Del trabajo. Más vale esta grasa, que el cosmético de un granuja, que ha estao procesao.

MAR. Fué víctima de un error judicial.

PEL. Ya sé que le asolvieron. Pero, en fin, yo lo que tengo que decirle a usté y a este par de banderillas, es que la Felipa no va al Mojama Park.

MAR. Va.

PEL. No va.

NEC. Va.

ATIL. Va.

PEL. No va.

LOS TRES Va. (Mariano coge un vaso de vino y viene a ofrecerle otro al Atildao.)

PEL. Bueno, pues si va, voy a dejarles a ustés el muestrario de las bofetás que van a repartirse esta tarde a la metá del programa. Modelo número uno. (Da un bofetón al Atildao, tropezando con Mariano, cuyo vaso cae al suelo rompiéndose. Pelegrín y el Atildao se lían a golpes.)

MAR. (Gritando.) ¡Socorro! ¡Que me matan!

NEC. (Dando patadas y puñetazos al aire.) ¡Mátaló! ¡Atízale! ¡Golfo! ¡Granuja!

ESCENA XIII

DICHOS, FELIPA, BASTIANA y BRINQUITOS, por la izquierda

BRIN. ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

MAR. ¡Ese asesino! ¡Que me mata ese golfo! ¡Que me muero! ¡Mira el vaso... el vaso roto! Llama a un sacerdote.

BAST. (Sale corriendo y sostiene a su marido con Brinquitos.) ¡Ay, Mariano! ¡Mariano!

FEL. ¡Ay, mi padre! (Corre y sugeta a Pelegrín.)

BRIN. ¡El vaso! ¡Que se le ha roto el vaso! (Neceser «restaura» al Atildao.)

MAR. Bastiana, llama a un sacerdote. (En estado agónico.)

FEL. Pero, ¿qué has hecho, Pelegrín?

PEL. Lo que era preciso.

BAST. Vete, que se muere; vete, por Dios.

FEL. Hazlo por mí. (Le empuja hacia la puerta, pero él se resiste.)

MAR. Llama a un sacerdote.

BAST. Pero, ¿pa qué quiés que lo llame?

MAR. Pa ver si nos ayuda a echarlo a la calle.

(Cuadro: Neceser limpia al Atildao, que se sacude y se perfila nerviosa y vivamente. Bastiana hace aire al señor Mariano, que queda haciendo aspavientos. La Felipa lucha todavía en la puerta con Pelegrín, que no se quiere ir. Brinquitos, mientras sostiene al señor Mariano, llora aterrado. Música y telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Calle corta en los barrios bajos. A la derecha una casa de humilde aspecto. Tiene dos balcones antepechos en el piso bajo; los dos estarán cubiertos con stores, para que a su tiempo se proyecten en ellos las siluetas de gente que acciona y se mueve dentro de las habitaciones. La puerta de la casa, es practicable. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

MARIANO y BRINQUITOS

Salen por la izquierda; el señor Mariano viene hecho un brazo de mar: traje nuevo, puro enorme, cadena gruesa, sombrero y garrote respetable. Le antecede Brinquitos, llevando el cochecito con el niño

MAR. (Al advertir que el cochecillo da un pequeño tropiezo.) Pero, hombre, ¿qué haces? ¿No te estoy diciendo que impulsiones con suavidad?

BRIN. Si es que he cogío un bache.

MAR. Pues ten cuidao con los baches. Hazte cargo que empujas un conde, no una carga de verduras. Te pasa como a las amas de cría. Y es que no debía usarse la tracción animal pa estos cochecitos.

BRIN. Hombre, eso de animal...

MAR. Lo digo en el sentido traztor. Páralo aquí.

BRIN. Pero, ¿no seguimos al Mojama Park?

MAR. No, porque antes tengo que ir a la casa de Socorro.

BRIN. ¿No se encuentra usted mejor?

MAR. No; si no es eso.

BRIN. Y en medio de todo ha tenío usté suerte esta mañana con aquel desgusto, rompérsele el vaso y no pasarle náa.

MAR. Que se conoce que tengo repuesto. Pero lo de ahora no es eso.

BRIN. Ah, ¿no?

MAR. Te adicionaré un ponombre, pa que te tranquilices. Me voy a la casa de *la* Socorro.

BRIN. ¡Ah; de esa señora que!...

MAR. (Imponiéndole silencio.) ¡Chitss! Vive ahí.

BRIN. ¡Ah!

MAR. Pero, por Dios, Brinquitos, con estos secretos tenemos que ser, tú... (Dibuja en el aire con el dedo un agujero, acciona como sacando agua de un pozo y vertiendo luego el pozal.)

BRIN. Un pozo.

MAR. Y yo... (Juntando las manos y cerrando los ojos, indicando un muerto y luego pone una cruz con los dedos.)

BRIN. Y usté la tumba.

MAR. Tumba y media; no te digo más.

BRIN. Descuide usté.

MAR. Ahora, Brinquitos, lo que sí te recomiendo por lo que más quieras, es que en mi ausencia, no te separes ni una pulgada cúbica del niño. Ya reparaste en las *mirás* siniestras del señor Udosio, que pa mí que nos lo quié secuestrar, y si nos acecha y nos...

BRIN. Señor Mariano, antes me quitan la vida que la creatura.

MAR. ¿Llevas la *brovinin* que te he dao preparada?

BRIN. Sí, señor; con las siete cásulas.

MAR. ¿Sabes cómo se dispara?

BRIN. No, señor; pero no le hace, porque yo, al que trate de quitarme al niño, le tiro las balas y la pistola tóo de una vez, y como le dé, la hinca; es una *tercerola* (Enseña el arma.)

MAR. En tí confío, Brinquitos, porque ese niño es mi fortuna, y si te lo quitasen, sería mi muerte. No lo olvides.

BRIN. Vaya usté descuidao.

MAR. De forma que mientras yo voy a hacer ese encarguito, tú le das el biberón; que se lo tome todo.

BRIN. Eso es cuenta mía.

MAR. Y después que se lo haya tomao, le das dos vueltas; pero dos vueltas circulares; no vayas a dárselas en sentido campanudo, que tú eres tardo de comprensión.

BRIN. No tenga usté miedo; dos vueltas a la manzana.

MAR. Eso es. (Al niño.) Conque, señor Condito: espero de vuecencita que no me cojas una perra, ni me hagas náa que no esté en el orden. ¡Miá qué ojos me echa! ¡Paece que me entiende!

BRIN. Es una monada.

MAR. Cáa día le quiero más.

BRIN. Y le avierto a usté, que este crío habla dentro de na.

MAR. ¿Tú crees?

BRIN. Se va a parecer a mí, que yo también he sío muy listo; que dice mi madre que yo era tan listo, que al año y medio, ya andaba.

MAR. Toma, si a eso vamos, más listo he sío yo, que tenía seis años y no daba un paso pa que me llevasen en brazos.

BRIN. Eso es verdad.

MAR. Ea, Mariano: ahora voy a comunicarla que está complacida; que he echao de casa a Pelegrín; que mi hija va al Mojama Park; que triunfará su candidato y que váya pensando en otorgarme la recompensa anhelada. No debe estar don Marcelino, porque ella me dijo que, de haber peligro, pondría en el balcón una toalla tendida, y hasta ahora, no hay nada tendido. *Alons enfans.* (Entra en la casa.)

ESCENA II

BRINQUITOS y EUDOSIO, por la izquierda

BRIN. Bueno; tienes un preceptor que, por gustarle las faldas, hasta las del Guadarrama. ¡Se ha hecho del Club Alpino!

EUD. (Sale cautelosamente.) ¡El señor Mariano a visitar a la Socorro! Has caído en la ratonera. Me voy a dar el soplo a don Marcelino, pa que venga y se cerciore y ponga en autos a la señá Bastiana. Tú me has echao de la

casa; pero mi venganza va a ser cruel. (Alto a Brinquitos.) Buenas noches, pollo.

BRIN. (¡Rediez! ¡El señor Udosio!)

EUD. Que, ¿y tu principal?

BRIN. Pues mi principal... ahí, en el entresuelo, que ha subido a ver...

EUD. Sí; ya, ya... (Ríe sarcásticamente.)

BRIN. (¡No quita ojo del cochecito!)

EUD. ¿Y cómo anda el señor Conde?

BRIN. Pues ya lo ve usted; a empujones.

EUD. Y a tí, ¿cómo te va de niñera?

BRIN. Pues... mire usté cómo me irá... que me voy. (Vase rápido y temeroso, por la derecha.) (¡A mí no me lo secuestras!) (Desaparece.)

EUD. (Siguiéndole.) Sí; corre, corre; ya veréis lo que os preparo.

ESCENA III

SOCORRO, MARIANO, EL ATILDAO

Música en la orquesta

(Se oscurece convencionalmente la escena; en cambio en el piso bajo de la casa frontera, se iluminan las habitaciones, dibujándose en los stores las siluetas de los personajes que actúan. Al empezar la música, se ve al señor Mariano saludando muy finamente a la Socorro y ofreciéndola un ramo de flores que lleva en la mano. Ella, las acepta y las huele, complacida. Se sientan vis a vis. En la habitación de al lado se ve al Atildao, que escucha nervioso e impaciente, dando muestras de contrariedad. El señor Mariano empieza a ponerse insinuante con la Socorro, trata de acariciarla, ella le rechaza, le sienta de un empujón. El, fingiéndose desesperado, saca una pistola y se la acerca a la sien. La Socorro, con aspavientos de terror, se la arrebata. Entonces el señor Mariano, se sienta más cerca y la besa la mano. Ella juguetea con la pistola y le da en las narices con la culata. Redoblan en el Atildao los movimientos de impaciencia, hasta que al fin, la Socorro, indica al señor Mariano, que aguarde y pasa al cuarto inmediato, sosteniendo con el Atildao un vivo diálogo, en el que parece disculparse, fingiendo despreciar al prendero, que, al quedarse sólo, se arregla el sombrero, se corrige la corbata, se perfila, se estira, enciende el puro y queda esperando. Vuelve

a su lado la Socorro, y entonces, resueltamente, el señor Mariano redobla el asedio, la coge la barbilla y trata de abrazarla. Ella, huye; él la persigue, y de pronto irrumpe en la primera habitación el Atildao, que deja estupefacto al señor Mariano. Se saludan efusivamente, se dan la mano y se sientan uno frente al otro. Mientras, la Socorro, en la habitación contigua, se arregla el pelo, y se compone la ropa, como rehaciéndose de su lucha con el señor Mariano. El Atildao, figura dar pases de muleta. Figura que está contando a su interlocutor toda una faena. El señor Mariano, teclea con los dedos sobre el puño del bastón, bosteza, se echa el ala del sombrero sobre las cejas y queda dormido, mientras el torero, después de señalar una gran estocada, finge recibir una ovación, saludando y devolviendo sombreros. Vuelve a hacerse la luz en escena. Se borran las siluetas. Cesa la música.)

ESCENA IV

FELIPA, BASTIANA y PELEGRIN, por la izquierda

Ellas vienen muy elegantes, con flores y mantones de Manila. El, como de ordinario. Salen como continuando una viva discusión

Hablado

PEL. ¡Por Dios, Felipa, que te lo pido por última vez!

FEL. Que no pue ser, Pelegrín, no seas pelma.

PEL. Mia, Felipa, que como vayas esta noche al Mojama-Park, es mi perdición.

FEL. ¿Que yo no vaya? ¡Pa que se muera mi padre que le han dao tres ataques seguidos hasta que le he jurao que iba!

BAST. Y cómo sería de fuerte el segundo, que al ponerle el sinapismo, miá la patá que me ha dao en la convulsión. (Enseña el brazo.)

FEL. Y en el tercero ya torcía hasta la boca.

PEL. Pues ponerle falsilla cuando haga guiños.

FEL. Claro, a tí, como no es tu padre, que se muera, si quiere.

PEL. Si no es eso, señor. Yo lo que pienso es que por evitar que a tu padre se le entumezca el *epigástrico* no voy a consentir que a tí te manipulee los encantos el primer frescales que se le antoje.

FEL. Miá lo que dices, Pelegrín, que una sabe hacerse de respetar; ¿estamos? Y yo te juro que por una de las cosas que quiero ir al Mojama-Park, es pa que vea ese hombre que no me da la gana de bailar con él, y pa decirle además al oido dos cositas, que le convenzan de que pa mí él y *Neztuno, apré.*

BAST. Pues claro, hombre; ten confianza en ella.

PEL. Que he dicho que no, señá Bastiana; que ese tío ha jurao en la taberna que ibas y yo que no, y no vas. Y si se muere tu padre, que se muera.

BAST. Miá, Pelegrín, no me desesperes.

PEL. Y no vas.

FEL. Basta. Y usté cállese, madre. Yo, Pelegrín, con hacer lo que mi concencia me manda, no faltándote a tí, estoy tranquila. Haz lo que te dé la gana. Madre, vamos al Mojama Park.

PEL. Esta bien. Pues vete con Dios, pero yo te juro que os amargo la noche; por éstas.

FEL. Tú, haces lo que te dé la gana, que haciendo yo lo que debo, náa me inquieta. Vamos, madre.

BAST. ¡Si tuvieras la fuerza que yo, valiendo lo que vales, no habría otra mujer! (Vanse derecha.)

PEL. (Desesperado.) ¡Y se va!... ¡Se va! ¡Por estas que me las pagas! ¡Ese tío se ha salío con la suya! ¡Y a ella no le importa que yo me quede rabiando de celos! ¡Así son la mujeres! Bueno, pues os doy el disgusto; por éstas. ¡Calle! ¡Brinquitos viene! ¡Ni pintao! (Se esconde en el lateral derecha.)

ESCENA V

PELEGRIN, y BRINQUITOS, por la izquierda, con el cochecito y el niño

BRIN. (Jadeante.) Bueno; lo que yo he corrido pa que ese tío me perdiera de vista. Del primer tirón, a la estación de las Pulgas, sino que el chico me se asustaba del pitido de las locomotoras y me lo he vuelto a traer. (Mirando hacia los balcones.) Yo creo que el señor Mariano, por muy torpe que esté pa los recaos, ya habrá...

PEL. (Apareciendo.) Brinquitos.

BRIN. ¡Ay!... ¡Caray, qué susto! ¡Pelegrín, tú?

PEL. ¿Qué haces aquí?

BRIN. No, nada; el señor Mariano, que ha subido ahí... a saludar a un amigo... que... no sé qué negocio...

PEL. La Providencia te trae.

BRIN. ¿Pues?

PEL. (Como hablando consigo mismo.) Ella no me ha hecho caso, pues verás ahora.

BRIN. ¿Qué?

PEL. Y a más, esto que he pensao la obligará a confesarlo todo y saldremos de una vez de este tormento, sea como sea.

BRIN. Cómo.

PEL. Sí, es lo mejor; a ello.

BRIN. ¿Qué?

PEL. Náa, Brinquitos, que me vas a hacer el favor de decirle a la Felipa que me llevo el niño a mi casa.

BRIN. (En el colmo del terror.) ¡Mi madre!

PEL. Que quiero a mi hijo. (Lo coge.)

BRIN. ¡No, por Dios, Pelegrín! Fero, ¿que vas a hacer?

PEL. Nada, que me lo llevo.

BRIN. (Cayendo de rodillas ante Pelegrín.) ¡Ay, no, por Dios, Pelegrín! ¡Mi responsabilidad!... ¡Que se muere! ¡Que me mata! Trae el chico.

PEL. Que me lo llevo.

BRIN. (Agarrándose a sus piernas.) ¡No! ¡Socorro! Dame el chico.

PEL Suelta.

BRIN. ¡No! ¡Mi responsabilidad! ¡Que me mata! Ten compasión.

PEL. Di que yo lo tengo.

BRIN. Dame el chico, por lo que más quieras. Dame el chico... u algo que se le parezca.

PEL. Suelta. (Logra desasirse de él.) Adiós. (Vase corriendo por la derecha.)

BRIN. (Desolado.) ¡Ay, que se lo lleva! ¡Socorro! ¡Pelegrín!... ¡¡Pelegrín!!... ¡Ay, que se lo ha llevao!... (Llora con desconsuelo.) ¡Ay, que pierdo el conocimiento!.. ¿Qué le digo yo a ese hombre cuando venga? ¡Ay, no, yo no le digo que me lo han quitao! ¡Me se queda muerto en la cuna!... Si yo pudiera... Pero, ¿de dónde saco yo un chico, con el poco tiempo que tengo? ¡Ay, que ese hombre se

muere! Se muere u me mata. Yo no le doy la noticia. Yo hago como si lo tuviese; sí, es lo mejor. Y luego, voy al Mojama-Park y se lo cuento tóo a la señá Bastiana, y ella que resolva. Pero, claro, ahora va a venir ese hombre y me va a decir si le he dao el biberón al chico, y va a ver el biberón intacto y va a querer dárselo él. No, eso nunca, me lo tomaré yo. Sí, no hay remedio, porque si lo echo al suelo ve el charco... ¡Animo, Brinquitos! (Empieza a chupar.) Yo tomando biberón a mis años! (Chupa.) ¡Que me pase a mí lo que me pasa, sin comerlo ni beberlo! (Chupa.) Tenerlo que tragar todo, con el disgusto que tengo y lo mal que me sienta la leche! (Chupa.) Calle; el señor Mariano; que no me conozca... (Esconde el biberón, coge el cochecillo, y de nervioso que está hace que trepide.)

ESCENA VI

BRINQUITOS y el SEÑOR MARIANO

MAR. (Saliendo.) Brinquitos.
BRIN. ¡Chits! ¡Por Dios!
MAR. ¿Qué pasa?
BRIN. De puntillas.
MAR. ¿Pues?
BRIN. Que me se está durmiendo.
MAR. Pero, ¿qué temblor es ese que tienes?
BRIN. No, no es temblor, es que le mezo.
MAR. Perdona; eso no es que le meces, es que le trepidas.
BRIN. Es el mecido de moda. Lo que se estila pa niños elegantes.
MAR. ¿No ha habido novedad?
BRIN. Denguna.
MAR. ¿Le has dao el biberón?
BRIN. Sí, señor.
MAR. ¿Y cómo se lo ha tomao?
BRIN. Pues... a regañadientes.
MAR. Será a regañaencías.
BRIN. Sí, señor; eso.
MAR. Pero, ¿no le ha sentado mal?
BRIN. Todavía no; ahora, que me parece que se le agria. (Haciendo un gesto desagradable.)

MAR. Pero, oye, tú, no agites al chico de esa forma, que le vas a cerner.

BRIN. No, si a él le gusta mucho.

MAR. ¡Qué rico! Déjame que le dé un beso. (Va a dárselo y Brinquitos le vuelve el cochecito.)

BRIN. No, por Dios, que me lo despertaría usté.

MAR. Es que esa señora, de donde vengo, me ha dao un juguete precioso para el niño, ¿sabes?, y quiero ver qué efecto le hace. (Trata de ver al niño.)

BRIN. (Volviendo el cochecito.) Sí, bueno; pero ahora no, que me ha costao mucho trabajo dormirlo.

MAR. Y es un juguete de los caros, no creas; lo menos de diez céntimos. Míralo: es de esos que dicen: *¡Ay, mamá! ¡Ay, mamá!* (Saca del bolsillo el juguete que se alude y lo hace sonar del modo que se indica.) Voy a ver si le gusta.

BRIN. (Volviendo el coche.) No, por Dios, que le sobresaltaría.

MAR. Amos, hombre, no seas terco.

BRIN. Que no, señor, que le puede dar un ataque.

MAR. Que traigas, hombre.

BRIN. De ninguna manera, que le pué atacar la *menginitis*. (Sale corriendo con el cochecillo por la derecha.)

MAR. ¡Pero, qué *menginitis* ni qué narices! ¡No corras de esa forma, que me lo vas a matar! ¡Brinquitos! ¡Brinquitos! Rediez, ¿pero le ha puesto motor al coche? Porque corre que eso no es una cuna, es un *Renol*. ¡Me lo mata! ¡Brinquitos! ¡¡Brinquitos!! (Sale escapado detrás de él.)

ESCENA VII

DON MARCELINO. EUDOSIO, por la izquierda

MARC. (Agitado.) Pero, ¿es posible lo que me dices, Eudosio?

EUD. El Evangelio. Créame usté, don Marcelino; el señor Mariano, es un sinvergüenza.

MARC. ¡Si no puedo creer en esa traición!

EUD. Es un sirvergüenza, que le está a usté tomando el pelo.

MARC. ¡Ah, pues en cuanto le coja!... Y eso que no;

hablo con la Bastiana, la descubro que la enfermedad es una filfa, y una mujer con ese genio y esa fuerza, contenida durante diez y ocho meses y cogiendo al señor Mariano en flagrante delito, bueno, es como si le dejáramos caer encima el cimborrio del Escorial... con uñas.

EUD. Lo hace polvo.

MARC. Calla, que vienen por allí. (Se ocultan en el portal.)

ESCENA VIII

BRINQUITOS y el SEÑOR MARIANO, que atraviesan corriendo la escena de izquierda a derecha

BRIN. (Empujando el cochecillo.) Entre el biberón que me se ha agriao y esta carrera .. ¡Me coge! (Desaparece.)

MAR. ¡Brinquitos! ¡Brinquitos! ¡Para, hombre!... ¡Para!... «*¡Ay, mamá! ¡Ay, mamá!*» (Haciendo sonar el juguete, desaparece. Telón rápido. Música y)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Un gran solar adornado con banderolas, cadeneta de papel de colores y bombillas de luz eléctrica. En el fondo, valla de madera, y en la puerta, un letrero que diga: «Mojama Park—Campo de recreo». A la derecha, en primer término, un mostrador con botellas y vasos. Delante, algunos veladores rodeados de taburetes. Al lado, una caldera con su fogón, para hacer churros. Encima, un letrero que diga: «Churrería monmartroisse». A la izquierda, algunos puestos y barracas con el juego de aros y botellas, tiros al blanco, etc. Al fondo de este lado, el final de un tobogán, practicable. En una muestra de madera, sostenida por un tangón, se leerá lo siguiente: «Comité de damas de la calle del Bastero.—Liga anticurdánea.— Clausura de las tabernas! ¡Viva el botijo! — ¡Festival benéfico!»

ESCENA PRIMERA

FELIPA, BASTIANA, MARIANO, el ATILDAO, el NECESER, el CACEROLA, SOCORRO, MOZOS, MOZAS, Coro general

Gran animación. Parejas de muchachos y muchachas, con trajes de fiesta, bailan alegremente. Otros, comen churros; algunos, pasean y entran y salen de los puestos. Todas, llevan un botijito chiquitín prendido en el pecho con un lazo azul

Música

TODOS (Mientras bailan.)
El *foxtrote* americano,
es un baile chabacano,
porque, sea como sea,
todo el mundo *foxtrotea.*
Sólo con ponerse al trote,
se hace el paso del *foxtrote,*
y esta gran facilidad,
el *foxtrote* ha puesto en boga
en la buena sociedad.

—

ELLAS No me pises.
ELLOS Pondré freno al borceguí.
ELLAS Ten más tino.
ELLOS Es verdad, que me he *colao.*

ELLAS — Es mejor que lo aprendieras
a bailar con maniquí,
que de seguro no se queja
cuando poses el calzao.
No me asustes.

ELLOS — Si te asustas es mejor.

ELLAS — ¿Por qué causa?

ELLOS — Porque así resultará
más variada la figura,
si con gracia y travesura,
como el Gallo, que dibuja
una *espantá.*
Es el fox un *chotís*
pa poner en un tris
al chulapo castizo y juncal.
¡Ay, que dios, con el fox!
Pá bailar entre dos,
agarrarse es lo más natural.

TODOS — Mandaremos una queja
a *Guasintón*, pá demostrar,
que nos carga esa manera de bailar.
En *Madri*, baila así
el que quiera probar
que sabe ceñir y agarrar.

—

El *foxtrote* americano,
etc., etc.

Hablado

ATIL. — Bueno, señores: una mijita de silencio, que va a hablar Aniceto Miralles, alias el «Cacerola», secretario de la Liga.

TODOS — (Acercándose.) ¡Que hable, que hable!

CAC. — Señores: se suplica a todas las damas que después de este baile *inagural*, se pongan, las que no lo lleven, el botijo de honor, insignia de la Liga anticurdánea. Y hecha esta *avertencia,* paso a dar leztura del pograma, de que se compone este festival. «Primero: Sinfonía por la Banda Municipal». Ahora bien: como la Banda Municipal no ha podido venir, por indisposición de dos clarinetes y por lo caro que pide, se suprime este primer número y se empezará por el segundo.

TODOS — ¡Bravo!

CAC. — Avertencia: se suplica a las parejas que se

sienten en dos sillas, que haya urbanidaz en las frases jaleantes, y que no se arrojen cáscaras.

TODOS ¡Muy bien!

ATIL. Conque, a sentarse. (Se sientan algunos; otros pasean.) Bueno, habréis visto que mi triunfo es completo. La Felipa aquí y aztuando, y yo, a la espera.

NEC. Eres un hombrito.

ATIL. Náa más que eso.

CAC. Pues veréis la sorpresita que prepare pá luego. De este local, sale la Felipa ligada a tí, con imperdible.

NEC. (Arreglando el Atildao.) Aguarda, que tiés una arruga

CAC. Atención, que va a empezar el pograma. Segundo número: Fados portugueses, cantaos y bailaos en idioma lusitano, por el señor Mariano Peláez y su bella hija Felipa.

TODOS ¡Muy bien!

MAR. Una palabra: os ruego que me perdonéis si notáis que el portugués que hablo, es una mijita defectuoso; pero el único contacto que he tenido con Portugal, es que mi madre, de recién casada, estuvo en Cintra; ahora, que yo no me dí cuenta. De forma que dispensarnos el idioma y a ello. (Sale al centro con Felipa. Cantan y bailan.)

Música

LOS DOS Portuguesiña, bella niña seductora
que me enloquece, me entontece y me [enamora,
oye el fadiño sentídiño de Cascáes,
que le gustaba al malograo Sidonio Paes.

FEL. Con el fado se levanta.

MAR. Con el fado me he acostao.

FEL. Y, por eso, dicen todos:

MAR. O menino está enfadao.

—

A mi *gatuna* cara de *o celo*
todas las *noites* canto el *fadiño;*
ella, me toma *o cabelo*
y me dice: ¡qué primiño!
¡Oh!, *menino;* por tu mal,
en tus *ollos* hay más *aigua*,
moita más, que en *o* canal.

—

FEL. Niña lusitana
que inspiraste el dulce fado del amor,
sal a tu ventana,
que te espera, enamorado, un trovador.
Sal, que tu menino,
solamente espera que te asomes tú.

MAR. Si no sales a la reja
a escuchar su triste queja,
o *menino* va a hacer *fú*.

—

TODOS Portuguesiña, bella niña seductora,
etc., etc.

MAR. La *falo sempre* del amor *meu*,
pero ella, al punto que yo la *falo*,
me contesta con un *peu*:
con un *peu* de *cabalo*,
que así se llama la coz
en Oporto y en Coimbra,
y en Figueira de da Foz.

FEL. Niña lusitana, etc. (Bailan.)

Hablado

TODOS (Aplaudiendo.) ¡Muy bien!

CAC. Y ahora, señores, un número improvisao, a manera de sorpresa.

TODOS Venga, venga.

CAC. Número sin par. La repetida señorita Felipa Peláez, acompañada esta vez por el irreprochable y curioso matador de novillos-toros, Mamerto López el «Atildao», ejecutarán, en osequio a la concurrencia, bailes de alta sociedad, empezando por el elegante fox, denominao: «A mi no me das tú el té—el té, con galleta rota.»

TODOS (Aplaudiendo.) ¡Muy bien!

ATIL. (Saliendo.) Servidor y ejecutante.

FEL. (Contrariada.) ¡Ah! ¿de modo que tengo yo que bailar con este señor? (Aparte a Bastiana.) (¿Lo ve usté, madre?)

BAST. (Idem.) (Déjate.)

CAC. Sí, señora; tié usté que bailar con este señor.

BAST. (Plantándose frente al Atildao.) Pues, no señor.

MAR. ¡Bastiana, que hay público!

BAST. Y a mí qué. Y digo que no señor, porque mi hija no baila más que con su familia. Es una promesa que ha hecho este verano,

cuando le brotó la escarlatina. Pero no hay nada perdido; aquí está una servidora, pa bailar con este señor el fox de las galletas: pa galletas, yo.

TODOS ¡Que bailen!

BAST. (Preparándose.) De forma que cuando usté quiera, *lidiador*.

ATIL. Muchísimas gracias, señora, pero tengo una luxación en la tibia.

BAST. Pues que se la refresquen, pollo. (Rumores y comentarios en el público.)

CAC. ¡Vaya un desaire!

ATIL. ¡Miá si no me las pagan!

MAR. La habéis pringao.

SOC. ¿Ha visto usté su señora?

MAR. Esto, lo enmiendo yo. ¡La paliza va a hacer época. (Felipa y Bastiana, vanse por la izquierda y Mariano y Socorro por la derecha, fondo.)

CAC. Señores, terminao el incidente. Vamos a pasar a la rifa del mantón.

TODOS Vamos. (Vanse fondo derecha.)

ESCENA II

BRINQUITOS, por la puerta de entrada, empujando el cochecito. Viene todavía lloroso, jadeante y angustiado

Bueno, yo no puedo más; m'ahogo de fatiga. He atravesao tóo Madrid, en sentido longitudinal y anchititudinal, perseguido de primeras por el señor Mariano, a quien dejé a la altura de Neztuno, tan muerto de fatiga, que ya llevaba la lengua en el bolsillo del chaleco. Pero es lo que yo decía: «Si se muere de fatiga, no me alcanza responsabilidaz; pero si me alcanza, me alcanza, porque me se muere en cuanto le dé la noticia. Y seguí corriendo y... bueno, cuando he llegao al Prao, el número de catástrofes, ha sido consternador. Cinco atropellos, dos choques y ¡hasta un naufragio! y digo naufragio, porque he echao a pique en la Cibeles el acorazao ese de los cacahuets, conducido por un señor de chistera. ¡Y el gachó, me pedía decisiete pesetas de indenización y el coche, pa que le trasportase los cacahuets supervivientes! Gracias que en pleno

naufragio, una criada, me ha echao un cabo... que estaba hablando con ella, pa que me defendiese, y ha sido mi salva-vidas. He podido escapar y aquí estoy sin saber qué hacer, porque dígale a quien yo le dígale que me han quitao el chico, me molen de la paliza. ¡Dios mío, Dios mío!

ESCENA III

BRINQUITOS. FELIPA por la izquierda. Después MARIANO, por la derecha

FEL. (Asomando, con cuidado.) ¡Brinquitos!

BRIN. ¡Atiza! ¡la madre! No, pues a esta sí que no se lo digo. (Inicia el mutis hacia la derecha.)

FEL. Pero, ¿no me oyes?

BRIN. ¡Ah!... ¿Usté? ¡No había reparao!

FEL. ¿Dónde ibas?

BRIN. Me llevaba el niño, no fuera que le hiciese daño el humo de los churros. ¡Como son *monmartroises...!*

FEL. ¡Ya estaba impaciente! ¡Creí que no venías! ¿Te ha pasao algo?

BRIN. No, nada; un paseito que he dao... poco. (¡Treinta kilómetros!)

FEL. ¿Y el chico?

BRIN. Pues el chico... hecho un leñito.

FEL. ¡Hijo mío! ¡Tenía una gana de darle un beso!...

BRIN. Sí; pero ahora no, que me se despertaría.

FEL. Es que no hay más remedio que despertarlo.

BRIN. ¿Pues?

FEL. Que ya hace mucho tiempo que no ha tomao alimento, y le traigo preparao el biberón. Míralo. (Se lo enseña.)

BRIN. (¡Otro!) No, pero si... cuando hemos pasao por el café Levante, ha tomao... digo...

FEL. Trae, que se lo voy a dar.

BRIN. No, por Dios, eso sí que no; que la podrían ver. Este es un sitio público... Hay que tener prudencia, Felipa.

FEL. Sí; en eso tiés razón. Pues mira; toma, dáselo tú, pero delante de mí, que quiero que se lo tome todo. (Le da el biberón.)

BRIN. Bueno, pues váyase usté si quiere que yo..

FEL. No, no; tié que ser delante de mí. Anda, que a lo mejor tú no se lo das.

BRIN. (¡Mi madre! ¡Este es mi muerte!) (Protegido por la capota del cochecito, dando la espalda a la derecha, empieza a chupar.)

FEL. ¿Se lo toma a gusto?

BRIN. Regular. (Chupa.) (¡Este me cuesta la vida!)

FEL. ¿Qué tal?

BRIN. Tal cual.

FEL. ¿A ver cuánto queda?

BRIN. Aún queda, aún. (Chupa.) (¡Y tener yo que apurar este caliz!) (Chupa.)

FEL. (Mirando hacia la derecha.) ¡¡Mi padre!! (Hace mutis corriendo, por la izquierda.)

BRIN. (Que no se entera de nada, sigue chupando.) (¡Bueno: a mí me da hoy un cólico más que miserere: *¡miserere nobis!*)

MAR. (Sale con precaución y queda observando a Brinquitos.) ¡Calle!... ¿pero qué hace este granuja?

BRIN. A mí me matan a biberones, eso ya me lo tengo yo tragao. (Chupa.) Es decir, me lo estoy tragando. (Chupa.)

MAR. ¡Pero qué canalla! Tomándose el biberón de la criatura! ¡Será goloso! Claro, así el chico no me engordaba!

BRIN. ¡Bueno, yo ya no puedo! Pero en fin, pa lo poco que queda, haré de tripas corazón. (Chupa.)

MAR. ¿Pero qué haces, so granuja? (Le da una patada que le hace correr con el cochecillo.)

BRIN. ¡Señor Mariano!

MAR. Conque chupándote los biberones del chico.

BRIN. No, por Dios, señor Mariano.

MAR. ¡So asesino! ¡Haberme dicho que te gustaban y te pongo un ama de cría! (Amenazador.) Venga el niño. ¡Canalla! ¡Infanticida!

BRIN. ¡Eso sí que no! (Vase corriendo con el cochecillo, por la derecha.)

MAR. ¡Corre, corre! ¡¡ue yo no te sigo! ¡A mí no me das tú otra carrera en pelo! Pero tú tiés que ir a casa, y toos los biberones que le has usurpao, los devuelves. ¡Por estas! Que este biberón te sienta a tí mal, eso, apúntatelo en el dietario. ¡Qué granuja! Pues me están dando la nochecita, porque la Socorro, también me se ha puesto fosca, por el desprecio que le ha hecho mi hija al Atildao. ¡Pero yo qué culpa tengo! Mientras el

comité de damas se está retratando, que es una de las prencipales misiones de tóos estos comités, ella me ha citao aquí, pa darme sus quejas. Si yo pudiese convencerla... Yo la invito al Tobogán y quién sabe si dándole vueltas y con una botella de Jerez, que me ha vendido uno de la Liga Antialcohólica, la podré sugestionar. ¡Calle, por allí viene, que derrumba de salero.

ESCENA IV

SEÑOR MARIANO. SOCORRO por la derecha. Luego, por la derecha también, BASTIANA y DON MARCELINO

(Socorro atraviesa la escena deprisa y con mal gesto.)

MAR. (Deteniéndola.) Adiós, frenesí.

SOC. Déjeme usté en paz, que llevo prisa.

MAR. No corra usté, que ha llegao a su sitio.

SOC. ¿Y cuál es mi sitio?

MAR. Este principal izquierda.

SOC. ¡Valiente prencipal! Donde tóo el mundo echa la basura. Usté es una escombrera.

MAR. ¡Señora!

SOC. Y náa más. ¿A usté le parece bonito la ofensa que ha inferido su hija a ese pobre muchacho, sin que usté haiga hecho ya un escarmiento?

MAR. Pero, ¿qué voy a hacer yo? ¿Quié usté que descuartice a mi familia y la venda pa almóndigas?

SOC. No digo tanto, pero, vamos... (Aparecen la señá Bastiana y don Marcelino, que salen y se ocultan.)

BAST. (¡Ellos!)

MARC. (¡Silencio y oído!)

MAR. (Muy cariñoso.) Socorro, cálmese usté, véngase... (La atrae hacia sí.) Véngase a razones, y hablemos con tranquilidad y alegría, ahora que estamos solos y *tete a tete*.

SOC. Oiga usté, ojito con las frases, ¿eh?

MAR. Señora, *tete a tete* no es ninguna ofensa, que si usté tiene una *tete* yo tengo otra. *Tete*, quiere decir cabeza en extranjero.

SOC. ¡Ah, vamos!

MAR. (Sonriendo.) Pero, ¿qué se había usté figurao? ¡Qué mal pensada! (Le da un golpecito cariñoso.)

SOC. ¡Chist! Las estremidsdes quietas.

MAR. Acaparadora mía.

SOC. Calma, señor Mariano.

MAR. Si es que me tié usté tan sobresaltao que, vamos, es que me pica un mosquito y pido socorro.

SOC. ¡Qué tío granuj !!

BAST. (¡Pero, qué ladrón!)

MAR. Conque, vamos al Tobogán, nos tomamos dos copas de un específico que me han recetao, bajamos enlazaos en el torbellino mareante de sus revueltas, y de aquí al décimo vigésimo sétimo cielo.

SOC. ¿Y usté cree que ese décimo...?

MAR. Te toca en las tres series. Pasá, tortura. (Van se al Tobogán.)

ESCENA V

SEÑA BASTIANA y DON MARCELINO

BAST. (Saliendo del escondite y en el colmo de la indignación.) Bueno, usté ya habrá comprendido, don Marcelino, que yo acabo mis días en una galera, pero que a ese hombre le meten en la fosa en un pulverizador, eso es clavao.

MARC. Calma, señá Bastiana; mucha calma.

BAST. ¡Cómo calma! Pero, ¿usté cree que se puede oir con calma esa tomadura de pelo?

MARC. Vamos, tranquilícese usté, señora. Yo, he debido decírselo; dar este paso mucho antes, pero el temor a producirla un disgusto...

BAST. ¿De forma que lo de la enfermedad...?

MARC. Una filfa; ya no tengo más remedio que confesárselo a usté todo. El señor Mariano me suplicó que la mintiese, me contó los tormentos que usté le hacía pasar, y yo creyéndole de buena fe...

BAST. ¡Dios mío! ¡Tenernos diez y ocho meses en un sobresalto continuo, y jugar con la felicidad de su hija por esa tía perdularia! Pero, déjelo usté; la venganza va a ser soná. ¡Con grabaos l'han de traer los periódicos! ¡Lo juro! En cuanto baje...

MARC. No, por Dios; aquí no. No sea usté tonta. ¿No ve usté que en un sitio público, tan concurrido, no le podría usté dar más que

dos golpecitos de nada? Viene la gente, se echa encima, se lo quitan a usté..

BAST. Eso es verdá.

MARC. Pues claro. Lo que usté le tenga destinao, en su casa; allí, solitos, prudentemente, sin escándalo, sin intervenciones que impidan toda la magnitud de... (Acción de pegar.)

BAST. Es verdá; tié usté razón

MARC. Yo, en mi deseo de contribuir con mi modesto óbolo, me he traido este junquito. (Enseñando una tranca enorme.) ¿Si quiere usté utilizarlo...?

BAST. Es muy endeble; no me sirve.

MARC. No tengo otra cosa.

BAST. Pero en fin, deme usté; pa lo de momento hará su avío. (Le coge el bastón y lo deja sobre una silla oculto bajo el mantón. Se oye la voz de Mariano y Socorro en lo alto del Tobogán.)

MARC. ¡Calle; parece que se les oye allá arriba!

BAST. (Mirando.) Sí; van a bajar por el Tobogán. Aquí los espero. No tién otra salida.

MARC. Pues, adiós, señá Bastiana; y aquí prudencia.

BAST. No me lo repita usté. Ahora, por de pronto, de que le coja, le voy a dar una paliza, pero de lo más disimulao, lo más cariñoso y lo más elegante que se haiga visto en Madrid. No se va a notar.

MARC. Pues duro y a la cabeza; a la cabeza, que se lo merece. (¡Estoy vengado!) (Vase derecha.)

ESCENA VI

SEÑA BASTIANA. SOCORRO, dentro, y el SEÑOR MARIANO

MAR. (Dentro.) Tú, primero.

SOC. No, tú.

MAR. Anda tú.

SOC. No, tú.

MAR. Pues allá voy. (Gritos y risas.) ¡Por Dios, cogerme, que deslizo!... ¡que me mareo!... ¡que me mareo... que me...! (Sale impelido violentamente por la velocidad del Tobogán, sentado en una esterilla y con una botella en la mano. Viene a dar a los piés de la seña Bastiana, y al verla se queda mudo de espanto.) ¡¡¡Mi madre!!!

BAST. (Fingiendo alegría.) ¿Pero, eres tú?

MAR. ¡Bastiana!

BAST. ¡Pero, cómo iba yo a esperarme que me cavera esto del cielo!

MAR. Una humorada; unos amigos que... (Alto y mirando arriba.) ¡No bajar, que hay clavos!

BAST. Tú, tan grave, con una botella y dando cabriolás? ¿Pero, y el vaso?

MAR. Aquí, en el bolsillo. (Lo saca.)

BAST. ¿Y a qué bajabas, rico?

MAR. Pues... a tomar las cucharadas.

BAST. ¿A ver, qué es eso? (Lee la etiqueta de la botella.) «Jerez Oro.»

MAR. (Levantándose.) Sí, pero fíjate: «Especial para enfermos.» (La deja a un lado.)

BAST. Muy bien, rico mío. Pues mira, no me esperaba yo esta sorpresa.

MAR (Algo confiado.) ¿Y tú, cómo estás aquí tan solita? Yo te hacía en la tómbola.

BAST. Pues, ahí verás. ¿Y a que no sabes con quién estaba hablando? ¿A ver si te lo figuras?

MAR. Cualquiera lo acierta.

BAST. Piensa una persona rara.

MAR. ¿Con Cambó?

BAST. Con don Marcelino.

MAR. (¡Arrea!) ¿Pero, don Marcelino está aquí?

BAST. Aquí.

MAR. (¡Mi madre!)

BAST. Y ha venido el hombre lleno de gozo a darme una noticia... ¡Ay, Mariano, qué noticia más dichosa, más deseada, más agradable! (Abrazándole.)

MAR. ¿Y qué noticia es?

BAST. Pues, que te daba de alta.

MAR. ¿De qué alta?

BAST. A decirme que ya estás bueno y sano.

MAR. ¿Yo?

BAST. Que ya estás fuerte como un roble.

MAR. ¿Pero, quién ha inventao esa calumnia?

BAST. ¿No te digo que don Marcelino?

MAR. Bueno, Bastiana, no hagas caso de los médicos, que ya los conoces.

BAST. Jura y perjura que aunque te caigas de un cuarto piso no te pasa náa.

MAR. No hagas caso, Bastiana, que no hace ni medio minuto acabo de tropezar con un amigo una cosita así de náa, ¡tris!, y he sen-

tío un palpiteo que me se ha traumatizao tóo el homoplato; conque añade lo del plato a lo del vaso, y...

BAST. Que no, tonto. ¿Quiés ver cómo no te pasa nada? Mira. (Le da un puñetazo que le hace encogerse como una oruga.)

MAR. ¡Mi madre! ¡Por Dios, Bastiana, que me depauperas!

BAST. ¿Ves cómo no, tonto? Miá, más fuerte, pá que veas. (Le da otro.)

MAR. (Retorciéndose.) No, Bastiana, que me tiembla el *hipogondrio*.

BAST. ¿Ves qué gusto? ¡Ya estás bueno! (Le da otro.)

MAR. ¡Ay!

BAST. Bueno. (Otro.)

MAR. Bueno, pero no me des tan fuerte, que me se reblandece la carótida.

BAST. Pues te daré en la cabezótida, (Le da un cogotazo.) a mí me es igual.

MAR. ¡Por Dios, que me muero!

BAST. Aprensiones tuyas. Mira, para que te tranquilices del todo. (Le da un puntapie.) Ni con el pie. ¿Lo estás viendo? ¡Derrochas salud!

MAR. Bueno, pero...

BAST. Don Marcelino dice que te ha dado de alta porque te ha visto de juerga en la casa de Socorro.

MAR. ¿A mí?

BAST. Y un hombre que va de juerga a la casa de Socorro, pues está más fuerte que un hastial. ¡So convaleciente! (Lo zarandea.)

MAR. ¡Por compasión, que estoy muy malo!

BAST. Que no, tonto. Mira, te voy a dar con una estaca para que salgas de dudas. (Enarbola el palo.)

MAR. (Tratando de huir.) ¡No, por Dios!... ¡Socorro! ¡Socorro!

BAST. No llames a esa tía, so golfo.

MAR. Si lo digo en sentido auxiliativo.

BAST. (Sugetándole.) No huyas, que la otra metá de la paliza te la voy a dar bajo techao, ¡asesino!

MAR. ¡No, por Dios!

BAST. ¡Que lo sé todo, so canalla! Que por divertirte con tus líos nos has traído de cabeza, jugando con la felicidad de tu hija, ¡ladrón!

ESCENA VII

DICHOS. FELIPA, por la izquierda. Luego BRINQUITOS, por la derecha, con el cochecillo

FEL. Pero, ¿qué pasa? ¿Qué ocurre?

MAR. (Amparándose en su hija.) ¡Hija, por Dios, contén a tu madre, que me desmorona!

BAST. ¡Que es un bandido! ¡Que lo de la enfermedad era mentira!

FEL. ¡¡Mentira?

BAST. Nos ha estao dando el timo.

FEL. Pero, ¿es posible?

MAR. No, hija; no lo creas. Ya verás cómo dentro de treinta o cuarenta años me muero, y entonces veréis si era verdá o mentira. (Llora.)

FEL. ¡Padre, por Dios, no llore usté!

MAR. No, hija, déjalo. Perdida la fe en mí, ya sé lo que me espera en casa y no quiero volver. Me iré sólo, a vivir con el señor conde, y sea lo que Dios quiera. (Ve a Brinquitos que sale.) Hombre, Brinquitos; me alegro. Trae el niño, que nos vamos los tres solos.

BRIN. (Cayendo de rodillas y llorando amargamente.) ¡Ay, señor Mariano de mi alma!

MAR. ¿Qué te pasa?

BRIN. Que nos vamos a tener que ir los dos solos.

MAR. ¿Por qué?

BRIN. Porque el niño... ¡¡Me lo han quitao!!

MAR. ¡Rediez! ¿Qué dices?

FEL. ¡Ay! (Grito terrible de angustia.)

BAST. (Como loca.) ¡Que te lo han quitao!

FEL. ¡Ay, mi hijo! ¡Mi hijo! ¡Que me han robao a mi hijo! ¿Dónde está mi hijo? (Se echan a Brinquitos como fieras. Brinquitos no puede hablar, sollozando.)

MAR. Pero, ¿qué dice ésta de su hijo? ¿Pero, se ha vuelto loca?

FEL. ¡Mi hijo! ¡Han robao a mi hijo!

BAST. Sí; su hijo.

MAR. ¡Recontra! Pero, el señor conde...

BAST. ¡Qué conde ni qué narices!

FEL. Es mi hijo.

MAR. ¿Y de un título?

ESCENA VIII

DICHOS. PELEGRIN, y una jovencita con el niño, por la izquierda

PEL. Y de un servidor.
MAR. ¡Pelegrín!
PEL. No apurarse, que aquí está el niño. Trae, Genara.
FEL. ¡Hijo mío! (Lo coge; lo lleva al cochecito.)
PEL. Vengo resuelto a decirlo tóó.
BAST. Ya no hace falta.
MAR. Entonces, Pelegrín y ésta...
BAST. Están casaos.
MAR. ¡Casaos!
BAST. Ya te lo explicaremos todo en casa. Tu has tenío la culpa. Silencio ahora, que viene gente.

ESCENA ULTIMA

DICHOS. El ATILDAO, EL NECESER, SOCORRO y todos los invitados por la derecha. Al final, DON MARCELINO, derecha

ATIL. Bueno, Felipa; se ha organizao un concurso de fox; supongo que ahora no me despreciará usté.
BAST. (Saliéndole al paso.) Ahora más que siempre.
ATIL. ¡Señor Mariano!
MAR. No te molestes, que estoy en franca convalecencia.
BAST. Neceser: prepara la fécula, saca el cepillo y restaura. (Dándole un puntapie.) ¡A tomar el fresco, so golfo!
ATIL. ¡Mi madre! (Vase seguido del Neceser.)
BAS. Y nosotros a casa. Andando.
MAR. De modo que vuecencia... (Por el niño.)
BRIN. Vuecencia se llama Pelegrín.
MAR. ¿Y por qué no me has dicho que le apease el tratamiento, so ladrón?
BRIN. Hombre, señor Mariano, yo...
MAR. Claro; por algo le iba tomando yo este cariñazo; porque no era mi condesito, ni era mi marquesito, pero era mi nietecito, por lo visto, y además un angelito. En fin, a casa. (Agarra el cochecillo.)

BRIN. Déjeme usté que lo lleve yo.

MAR. No quiero, so granuja, que te bebes los biberones.

BRIN. Pero si me los he bebido a *fuerciori*, que huelo que parezco un Villalón.

MAR. En fin, vamos. (Conduce el coche hacia la derecha.)

MARC. (Saliéndole al encuentro.) ¡Muy bien!

MAR. ¡Rediez! Vira para la izquierda, que por aquí hay baches.

FEL. Bueno, padre; supongo que ahora...

MAR. Don Juan Tenorio, llevando el cochecito de su nieto, ha puesto a su libertinaje el *Finis Coronatis Opus*, no te digo más. Oye, Felipa, una curiosidad, ¿de dónde sacásteis el escudo que traía el niño?

FEL. Es el escudo de Logroño; lo copiamos de una caja de pastillas de café con leche.

MAR. ¡Mi madre! Claro, ya me podía yo volver mochales.

BRIN. ¡Mire usté, le ha tirao un beso, señor Mariano!

MAR. ¡Granuja! ¡Pelegrinito de tu abuelo! ¿Con quién vas tú a jugar al mús ilustrao! (Se van haciéndole fiestas al niño. Comentarios y risas. Música. Cae el telón.)

FIN DE LA OBRA

PQ
6601
R5C6

Arniches y Barrara, Carlos
El conde de Lavapies

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 15 25 08 004 4